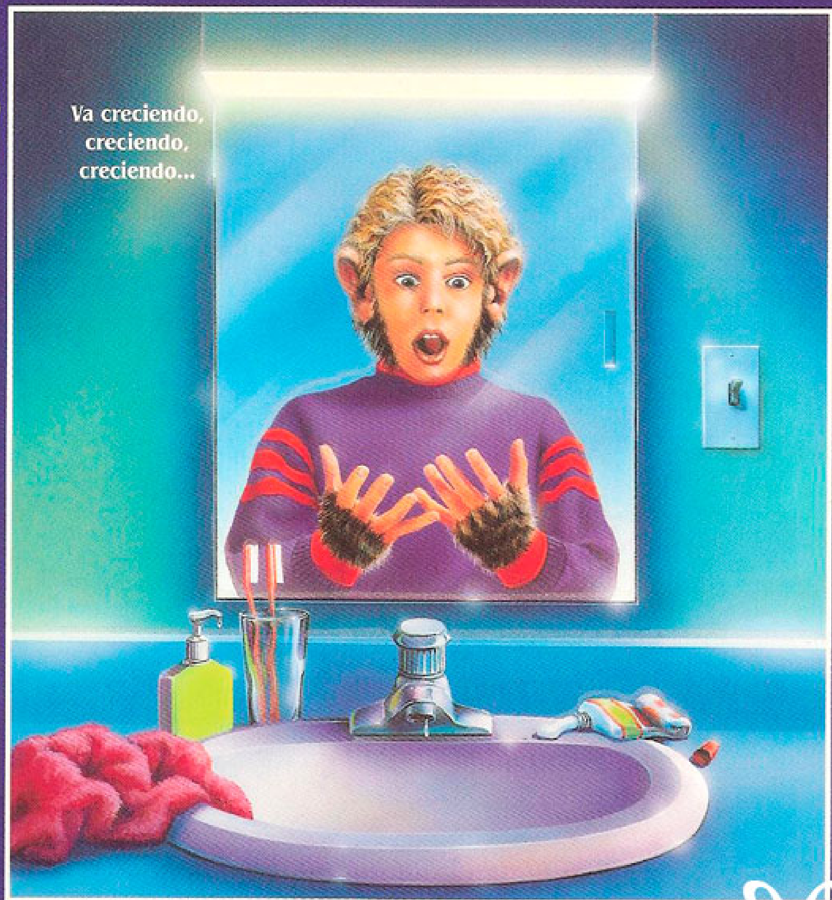
R.L. Stine

Pesadillas

Aventura espeluznante



Larry Boyd acaba de encontrar casualmente en la basura una cosa la mar de curiosa: una botella de *Insta-tan*, un producto que broncea a una persona en cuestión de segundos. Larry y sus amigos se aplican la loción y surte efecto inmediatamente.

Todo resulta agradable hasta que Larry se da cuenta de que unos pelos negros, brillantes y gruesos le van creciendo en las manos y la cara. Nada es capaz de detenerlos; continúan creciendo sin cesar incluso después de afeitados.



R. L. Stine

Aventura espeluznante

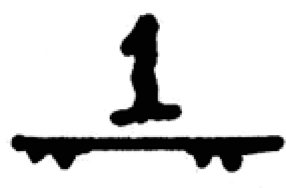
Pesadillas - 18

ePub r1.1
javinintendero 28.12.13

Título original: *Goosebumps #26: My hairiest adventure*
R. L. Stine, 1994
Traducción: Alberto Coscarelli

Digitalización del texto: javinintendero, nalasss y maldicion69
Editor digital: javinintendero
ePub base r1.0





¿Por qué había tantos perros vagabundos en mi ciudad? ¿Y por qué siempre decidían perseguirme a mí? ¿Esperaban silenciosos en el bosque, mirando pasar a la gente? Después se susurraban los unos a los otros: «¿Veis a aquel chico rubio? Es Larry Boyd. ¿Vamos a por él?».

Corría tan rápido como me era posible, pero es difícil correr cuando cargas con una guitarra metida en su funda. Me machacaba la pierna, y resbalaba continuamente en la nieve.

Tenía a los perros pisándome los talones. Aullaban y ladraban para asustarme.

«Pues funciona, chuchos —pensé—. Estoy asustado. ¡Muy asustado!».

Los perros notan cuando les tienes miedo, pero por lo general los perros no me asustan. En realidad, me gustan.

Sólo tengo miedo de los perros cuando van en jauría y me persiguen con saña, con los morros llenos de babas, dispuestos a destrozarme en pedacitos. Como ahora.

Subí por un pequeño montículo y me hundí hasta las rodillas en la nieve. Miré atrás. Los perros acortaban distancias. «¡No es justo! —pensé enfadado—. ¡Ellos tienen cuatro patas y yo sólo tengo dos!».

El perrazo negro de los malvados ojos negros encabezaba la jauría. Enseñaba los dientes en una mueca furiosa. Estaba tan cerca que veía con toda claridad sus colmillos, afilados como agujas.

—¡Volved a casa! ¡Volved a casa, perros malditos! ¡Volved a

vuestra casa! —¿Por qué les gritaba si ni siquiera tenían casa?—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Mis botas resbalaron en la nieve, y el peso de la guitarra casi me hizo caer. Trastabillé, conseguí recuperar el equilibrio y seguí avanzando. El corazón me iba a cien. Tenía la sensación de que me abrasaba, aunque estábamos a cero grados.

Entrecerré los párpados para protegerme los ojos del resplandor de la nieve. Hice un esfuerzo para correr más rápido pero me entró calambre en las piernas. «¡De ésta no me libro!», pensé.

—¡Ay! —grité cuando la guitarra me golpeó en los riñones.

Miré por encima del hombro. Los perros iban de aquí para allá a través de los jardines; el estrépito de los ladridos y aullidos era de alucine. Cada vez los tenía más cerca.

—¡Volved a casa, perros malditos! ¡Volved a casa!

¿Por qué a mí? Yo soy un buen chico. De verdad. A cualquiera que le preguntéis os dirá: «¡Larry Boyd es el chico de doce años más estupendo de toda la ciudad!». Entonces, ¿por qué la tenían tomada conmigo?

La última vez me había metido en un coche aparcado cuando todavía les llevaba unos metros de ventaja. Pero hoy los perros estaban demasiado cerca, y además los coches aparcados se encontraban cubiertos de nieve. ¡Antes de que consiguiera abrir la puerta de alguno, los perros se me habrían merendado!

Sólo me faltaba media manzana para llegar a la casa de Lily. Estaba en la esquina, al otro lado de la calle. Era mi única oportunidad. Si conseguía llegar a la casa de Lily… ¡Noooooooo!

Resbalé en una piedra oculta bajo la nieve. La guitarra salió volando y aterrizó con un ruido sordo. Me encontré tendido boca abajo.

—Esta vez te pillaron —gemí—. Despídete, muchacho.

2

Lo veía todo blanco. Me puse de rodillas mientras me quitaba la nieve de la cara con las manos. Los perros ladraban hambrientos.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Venga, fuera! —gritó una voz, una voz conocida—. ¡Fuera, chuchos! ¡Fuera!

Los ladridos se apaciguaron. Me limpié los últimos restos de nieve de los ojos.

—¡Lily! —exclamé feliz—. ¿Cómo has llegado aquí?

—¡Fuera! ¡Largaos! ¡Fuera! —repitió Lily mientras amenazaba a los perros con una pala.

Los ladridos se convirtieron en gemidos plañideros. Los perros comenzaron a retroceder. El perrazo negro agachó la cabeza y se retiró a paso lento. Los demás lo siguieron.

—¡Lily, te obedecen! —grité, agradecido. Me levanté y me quité la nieve de la pechera del abrigo azul.

—Desde luego —replicó ella con una sonrisa—. Soy dura, Larry, muy dura.

Lily Vonn no tiene pinta de dura. Tiene doce años, como yo, pero parece más pequeña. Es baja, delgada, con el pelo rubio corto y flequillo. Es mona. Lo que más llama la atención en Lily son sus ojos. Uno es azul y el otro verde. Nadie se cree lo de los dos colores hasta que lo ve.

Conseguí quitarme casi toda la nieve del abrigo y de los tejanos. Lily me alcanzó la guitarra metida en la funda.

—Espero que la funda sea impermeable —murmuró.

Miré la calle. Los perros volvían a ladrar furiosos. Ahora

perseguían a una ardilla por los jardines.

—Te vi desde mi ventana —dijo Lily mientras caminábamos hacia su casa—. ¿Por qué siempre te persiguen?

—Yo me hago la misma pregunta —respondí. La nieve crujía bajo nuestras botas. Lily abría la marcha y yo pisaba sus huellas.

Esperamos a que pasara un coche; las ruedas patinaban en el asfalto helado. Después cruzamos la calle y entramos en el camino de su casa.

—¿Cómo es que llegas tarde? —preguntó Lily.

—He tenido que ayudar a papá a quitar la nieve del camino —contesté. Un poco de nieve que se había metido por dentro de la capucha comenzó a fundirse, y el agua helada me llegó a la nuca. Me estremecí. No veía la hora de entrar en casa.

Los demás estaban en la sala de Lily. Saludé a Manny, Jared y Kristina. Manny estaba de rodillas, trasteando con el amplificador de la guitarra. El aparato soltó un agudo pitido, y todos nos sobresaltamos.

Manny es alto y flacucho y tiene cara de tonto, con la sonrisa torcida y el pelo negro rizado que parece un estropajo. Jared tiene doce años como todos nosotros, pero aparenta ocho. Creo que nunca lo he visto sin la gorra negra y plata de los Raiders. Kristina es un poco regordeta. Tiene el pelo rizado color zanahoria y usa gafas con montura de plástico azul.

Me quité el abrigo empapado y lo colgué en el perchero de la entrada. El ambiente estaba caluroso y húmedo. Me arreglé la sudadera y me acerqué al grupo. Manny apartó la mirada del amplificador para fijarse en mí.

—Eh, mirad qué revuelto tiene el pelo Larry. ¡Que alguien le saque una foto!

Todos se rieron. Siempre se burlaban de mi pelo. ¿Acaso tengo yo la culpa de tener el pelo bonito? Es rubio oscuro, ondulado, y lo llevo largo.

—¡Larry peludo! —me bautizó Lily.

Los demás se echaron a reír y después comenzaron con la cantinela.

—¡Larry peludo! ¡Larry peludo! ¡Larry peludo!

Puse cara de enfado y me pasé la mano por el pelo, para

apartármelo de la frente. Noté que me ponía colorado. No me gusta que se burlen de mí. Siempre me enfado.

Supongo que por eso Lily y los demás amigos se burlan tanto de mí. Se burlan de mi pelo, de mis orejas grandes, y de cualquier otra cosa que les parezca graciosa. Yo siempre me enfado y me pongo colorado, pero lo único que consigo es que aún se burlen más.

—¡Larry peludo! ¡Larry peludo! ¡Larry peludo!

Vaya amigos, ¿no? En realidad son unos amigos estupendos. Nos divertimos mucho juntos. Los cinco formamos un grupo musical. Esta semana se llama los Gamberros. La semana pasada éramos los Fantasmas. Cambiamos mucho de nombre.

Lily tiene una moneda de oro que lleva colgada del cuello con una cadena. Se la dio su abuelo. Le dijo que era oro de los piratas, así que Lily quiere que nos llamemos Oro Pirata. Pero a mí me parece que no suena bien, y Manny, Jared y Kristina opinan lo mismo.

Al menos nuestro nombre —los Gamberros— es mucho más guay que Howie y los Gritones. Ése es el grupo que se enfrenta a nosotros en el concurso de la gran batalla musical que organizan en la escuela.

Nos parece increíble que Howie Hurwin haya tenido el morrazo de poner su nombre al grupo. Es sólo el batería. La cantante es Marissa, la creída de su hermana. A la salida del colegio, un día le pregunté: «¿Por qué no lo llamaste Marissa y los Gritones?».

«Porque Marissa no rima con nada», me contestó.

«¿Eh? ¿Y con qué rima Howie?».

«¡Con Zowie!». Después se echó a reír y se revolvió el pelo. Menudo imbécil. Nadie quiere a Howie ni a su hermana. Los Gamberros no vemos la hora de borrar del escenario a los Gritones.

—Si alguno de nosotros supiera tocar el bajo… —se lamentó Jared mientras afinábamos.

—O el saxofón, la trompeta o lo que sea —añadió Kristina, que sacó un par de púas rosas de la funda de su guitarra.

—Yo creo que sonamos de maravilla —afirmó Manny, que seguía en el suelo, ocupado con el cable del amplificador—. Tres guitarras dan un sonido estupendo, sobre todo cuando enchufamos el vibrato y las hacemos subir a tope.

Kristina, Manny y yo tocamos la guitarra. Lily es la cantante, y Jared se encarga del teclado. Su teclado es un sintetizador de batería con diez ritmos diferentes, así que también tenemos batería. Más o menos.

En cuanto Manny puso el amplificador en marcha, ensayamos una canción de los Rolling Stones. Jared no encontraba el ritmo adecuado en el sintetizador, así que tocamos sin batería. No había acabado de sonar el último acorde cuando grité:

—¡Venga, otra vez! —Mi petición despertó un coro de protestas.

—¡Larry, ha sonado fantástico! —afirmó Lily. No hace falta que la volvamos a tocar.

—El ritmo estaba equivocado —repliqué.

—¡Tú sí que estás equivocado! —protestó Manny con una mueca.

—Larry es un perfeccionista —opinó Kristina—. No lo olvides, Manny.

—¿Cómo voy a olvidarlo? —bufó Manny—. ¡Nunca nos dejaba acabar una canción!

—Sólo quiero que salga bien —les dije, con la cara roja como un tomate. Vale, quizá sea un perfeccionista, pero no creo que eso sea malo—. La batalla musical es dentro de dos semanas. Supongo que no querréis que subamos al escenario a pasar vergüenza…

No hay nada que odie tanto en el mundo como sentir vergüenza. Nada, ni siquiera la col hervida.

Comenzamos a tocar otra vez. Jared apretó el botón del saxo en el teclado y sonó como si tuviéramos un saxo. Manny hizo el primer solo, y yo el segundo.

Fallé una nota. Yo quería empezar de nuevo, pero sabía que los demás me matarían si paraba, así que seguí tocando. La voz de Lily se quebró al dar un agudo, pero como tenía una vocecita muy dulce no sonó tan mal.

Tocamos sin interrupción durante casi dos horas. Cuando Jared acertaba con el ritmo de la batería, sonaba muy bien. Después de guardar los instrumentos, Lily propuso que saliésemos a jugar a la nieve. El sol todavía estaba alto en el cielo, sin una sola nube. El grueso manto de nieve brillaba con la luz del sol.

Nos perseguimos unos a otros entre los arbustos cubiertos de

nieve del jardín de Lily. Manny aplastó una gran bola de nieve en la gorra de Jared. Ése fue el inicio de una batalla campal que duró hasta que nos quedamos sin aliento y la risa no nos dejó lanzar más bolas.

—Construyamos un muñeco de nieve —propuso Lily.

—Venga, hagamos uno que se parezca a Larry —sugirió Kristina, que tenía las gafas empañadas.

—¿Quién ha visto alguna vez un muñeco de nieve con pelo rubio? —replicó Lily.

—Vale ya, dejadme en paz —murmuré.

Comenzaron a preparar las bolas más grandes para el cuerpo del muñeco. Jared empujó a Manny sobre una de ellas e intentó hacerlo rodar con la bola, pero Manny pesaba demasiado y la bola se deshizo.

Mientras ellos seguían con el muñeco de nieve, yo comencé a pasear por la calle. Me llamó la atención un montón de trastos viejos que había junto a un contenedor de basura.

Miré la casa del vecino. Estaba en obras. Habían dejado los trastos para que se los llevara el basurero. Me asomé por encima del borde del contenedor y comencé a revisar el contenido. Me encantan los trastos viejos, es algo que no puedo evitar. Me encanta escarbar entre las cosas viejas.

Aparté un montón de azulejos y una cortina de baño hecha una bola. Debajo de un felpudo encontré un botiquín metálico blanco.

—¡Ja! ¡Esto es fantástico! —murmuré.

Lo cogí con las dos manos, lo saqué del contenedor y abrí el botiquín. En el interior encontré botellas y tubos de plástico todos revueltos. Metí una mano y los removí para ver qué había. De pronto me llamó la atención una botella de color naranja.

—¡Eh, tíos! —grité a mis amigos—. ¡Mirad lo que he encontrado!

3

Mientras regresaba al jardín de Lily con la botella en la mano, seguí gritando:

—¡Eh, tíos, mirad!

Nadie me hizo caso. Manny y Jared estaban intentando poner una gran bola de nieve sobre otra para formar el cuerpo del muñeco. Lily los animaba. Kristina se quitaba la nieve de las gafas con un guante.

—Eh, Larry, ¿qué es eso? —me preguntó Kristina en cuanto se puso las gafas. Los otros se dieron la vuelta y vieron la botella en mi mano.

Les leí la etiqueta:

—INSTA-TAN. Bronceado intenso en pocos minutos.

—¡Qué guay! —exclamó Manny—. Vamos a probarlo.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Lily. Tenía las mejillas rojas de frío y restos de nieve en el flequillo.

—La han tirado tus vecinos —dije. Le señalé el contenedor—. Está llena.

—¡Vamos a probarlo! —repitió Manny sonriente.

—¡Sí! El lunes por la mañana nos presentaremos en la escuela bronceados. —dijo Kristina—. ¿Os imagináis la cara que pondrá la señorita Shindling? ¡Le diremos que pasamos el fin de semana en Florida!

—¡No, en las Bahamas! —propuso Lily—. ¡Le diremos a Howie Hurwin que los Gamberros fuimos a ensayar a las Bahamas!

Un coro de risas celebró la propuesta.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Jared, que se acomodó la gorra mientras miraba la botella con incredulidad.

—Tiene que funcionar —replicó Lily—. No podrían venderlo si no funcionara. —Me quitó la botella—. Está casi llena. Hay bastante para broncearnos a todos. Venga. Vamos a hacerlo. ¡Será tope guay!

Todos seguimos a Lily de vuelta a la casa. Nuestras pisadas hacían crujir la nieve, y nuestro aliento formaba nubes sobre nuestras cabezas.

Me quité el abrigo y lo arrojé en la pila con todos los demás. Mientras iba a la sala, comencé a tener dudas. ¿Qué pasaría si el producto no funcionaba? ¿Qué pasaría si en lugar de broncearnos nos daba un color amarillo o verde?

Si tenía que aparecer en la escuela con la piel verde brillante, sentiría una enorme vergüenza. No podría ir, de ninguna manera. Aunque tardase meses, me escondería en el armario de mi casa hasta que desapareciese el color. Los otros no parecían preocupados.

Nos encerramos en el cuarto de baño. Lily desenroscó la tapa de la botella y volcó una buena cantidad del líquido blanco y cremoso en la palma de la mano.

—Hummm. Huele bien —informó Lily, llevándose la mano junto a la nariz—. Tiene un olor muy dulce.

Se pasó el líquido por el cuello, las mejillas y la frente. Volcó un poco más de líquido y se lo pasó por el dorso de la mano. Manny fue el siguiente. Cogió un poco y se lo pasó por el rostro.

—Es fresco y cremoso —comentó Kristina cuando le llegó el turno. Después le tocó a Jared. Casi acabó lo que quedaba de la botella mientras se embadurnaba la cara y el cuello.

Por fin me tocó a mí. Cogí la botella y me dispuse a volcar el líquido, pero algo me contuvo. Dudé. Vi que los demás me miraban; querían ver cómo me untaba la piel. En vez de hacerlo, di la vuelta a la botella y leí la letra pequeña en la etiqueta. Solté una exclamación.

4

—¿Larry, qué problema tienes? —preguntó Lily—. Echa un poco en la mano y frótate la cara.

—Pero... pero... pero... —tartamudeé.

—¿Se me ve morena? —le preguntó Kristina a Lily—. ¿Funciona?

—Todavía no —le contestó Lily. Se volvió hacia mí—. ¿Qué pasa, Larry?

—La etiqueta. Aquí pone: «No usar después de febrero de 1991».

Todos se rieron. Las risas resonaron en las paredes de azulejos.

—No te hará ningún daño —dijo Lily mientras movía la cabeza —. ¿Qué más da que el producto esté un poco pasado? Eso no quiere decir que se te vaya a caer la piel a tiras.

—No seas gallina —exclamó Manny, que me quitó la botella dispuesto a volcar el líquido en mi mano—. Venga, todos lo hemos hecho. Ahora te toca a ti, Larry.

—Creo que ya comienzo a broncearme —anunció Kristina. Ella y Jared se miraban complacidos en el espejo de encima del lavabo.

—Venga, Larry —insistió Lily—. Las fechas en las etiquetas no significan nada. —Me empujó el brazo—. Póntelo. ¿Qué puede pasar?

Vi que todos me estaban mirando. Sentí un calor súbito en el rostro y me di cuenta de que me ruborizaba. No quería que me llamaran gallina, no quería ser el único que se echaba atrás, así que incliné la botella y volqué el líquido que quedaba en la palma de la mano.

Después me lo puse en la cara y me la embadurné toda. Me froté la cara, el cuello y el dorso de las manos. Noté una sensación de frescura. Además, el líquido cremoso tenía un olor dulce, un poco como la loción para después del afeitado que usaba mi padre.

Los demás aplaudieron cuando acabé de untarme.

—¡Así se hace, Larry! —Jared me palmeó la espalda con tanta fuerza que casi solté la botella vacía.

Inmediatamente comenzamos a pelearnos para ver quién se miraba primero en el espejo del botiquín. Manny dio un empujón a Jared y lo envió contra la ducha.

—¿Cuánto tardará en hacer efecto? —preguntó Kristina. La luz de la lámpara del techo se reflejó en sus gafas mientras se miraba en el espejo.

—Creo que esto no funciona —replicó Lily, desilusionada.

—Aquí pone que el efecto es casi instantáneo y da un bronceado perfecto —les dije, leyendo la etiqueta. Sacudí la cabeza—. Sabía que este producto estaba pasado. Sabía que no…

El chillido de Manny me cortó la frase. Todos nos volvimos para mirarle y vimos su expresión de horror.

—¡Mi cara! —chilló Manny—. ¡Mi cara! ¡Se está cayendo a pedazos!

Mantenía las manos formando un cuenco y le temblaban mientras nos las mostraba. Entonces vi que sostenía un trozo blanquecino de su propia piel.

5

—¡Ohhh! —exclamé. Los demás miraron las manos de Manny, horrorizados.

—¡Mi piel! —exclamó él—. ¡Mi piel! —Entonces cambió de expresión. Sonrió complacido y se echó a reír.

Abrió las manos. Lo que habíamos creído que era un trozo de piel sólo era un trozo de papel higiénico mojado. Sin dejar de reír, Manny hizo una bola con el papel y la tiró al suelo.

—¡Eres un imbécil! —gritó Lily, furiosa.

Todos comenzamos a gritar y a empujar a Manny. Lo metimos en la ducha. Lily tendió la mano para abrir los grifos.

—¡No, basta! —rogó Manny, que seguía riendo y luchaba por librarse—. ¡Por favor! ¡Sólo era una broma!

Lily cambió de opinión y se apartó. Todos nos echamos una última mirada en el espejo mientras salíamos del baño. Ningún cambio, ni sombra de bronceado. El producto no había hecho ningún efecto.

Cogimos los abrigos y nos apresuramos a salir de la casa para acabar el muñeco. Me llevé la botella vacía y la arrojé a la nieve mientras Lily y Kristina hacían la bola que sería la cabeza. Después la colocaron sobre la bola que hacía de tronco.

Encontré dos piedras oscuras para los ojos. Manny le arrebató la gorra a Jared y la puso sobre la cabeza del muñeco. Quedaba muy bien, pero Jared se apresuró a recuperar la gorra.

—Se parece mucho a ti, Manny —dijo Jared—, sólo que más listo.

Todos nos reímos. En aquel momento una ráfaga de viento derribó la cabeza del muñeco, que se deshizo al chocar contra el suelo.

—¡Ahora sí que es idéntico a ti! —le dijo Jared a Manny.

—¡Ahora verás! —replicó Manny. Agarró un puñado de nieve y se lo arrojó a Jared.

Jared intentó esquivarlo, pero la nieve le dio de lleno. Sin perder ni un segundo, Jared se agachó, cogió un montón de nieve y lo lanzó a la cabeza de Manny.

Esto señaló el inicio de otra larga y divertida batalla entre Lily y yo por un lado, y Manny, Jared y Kristina por otro. Durante un buen rato nos defendimos bien. Lily es capaz de hacer bolas a una velocidad increíble. Hace una bola y la lanza en el tiempo que yo tardo en agacharme y ponerme a amasar la nieve entre los guantes.

La batalla se convirtió en una guerra sin cuartel. En lugar de entretenernos en hacer bolas, cogíamos la nieve a puñados y nos la arrojábamos. Después nos pusimos a rodar sobre la nieve. Cuando nos cansamos, fuimos corriendo al jardín vecino, donde la nieve estaba fresca, y comenzamos otra vez a lanzarnos bolas.

¡Qué divertido! Reíamos y gritábamos sin cesar. Nos faltaba el aliento, y a pesar del viento helado teníamos muchísimo calor. Entonces, de pronto, me sentí mal.

Caí de rodillas, me costaba trabajo tragar saliva. El resplandor de la nieve era tan intenso que me cegaba. Me pareció que el suelo se movía. Me sentía muy mal.

¿Qué me estaba pasando?

6

El doctor Murkin levantó la jeringa. La luz brillaba sobre una aguja muy larga. Una gota de líquido verde asomó por la punta.

—Aguanta la respiración, Larry —me dijo el doctor con su voz suave—. Esto no te dolerá.

Siempre que iba a verle decía lo mismo. Sabía que era mentira. La inyección dolía. Me dolía cada vez que me la ponían, cada dos semanas.

Me cogió el brazo suavemente con la mano libre y se inclinó tanto sobre mí que me llegó el olor a menta del aliento. Inspiré con fuerza y volví la cabeza. No soportaba ver cómo la aguja se me hundía en la carne.

—¡Ay! —grité cuando la aguja se clavó en la piel.

—No duele mucho, ¿verdad? —preguntó el doctor Murkin, que me apretó el brazo un poco más fuerte.

—No mucho —gemí.

Miré a mi madre, que se mordía los labios con expresión preocupada. ¡Parecía como si la inyección se la estuvieran poniendo a ella! Por fin noté que sacaba la aguja. El doctor Murkin me pasó un algodón empapado en alcohol por el pinchazo.

—Ya está —anunció mientras me daba una palmada en la espalda desnuda—. Puedes ponerte la camisa. —Se dio la vuelta y sonrió a mi madre.

El doctor Murkin es un hombre de unos cincuenta años, muy competente. Lleva el pelo blanco peinado hacia atrás, tiene los ojos azules, usa gafas con montura negra, y su sonrisa es muy amable.

Aunque miente cuando dice que la inyección no duele, creo que es un doctor muy bueno y me gusta mucho. Siempre me hace sentir bien.

—El viejo problema de las glándulas sudoríparas —comentó a mi madre. Escribió unas notas en mi historial—. Se acalora demasiado, y sabemos que eso no es nada bueno, ¿verdad, Larry?

Murmuré una respuesta. Tengo un problema con las glándulas sudoríparas. No funcionan muy bien. No sudo, así que cuando tengo demasiado calor me pongo enfermo. Por eso tengo que ver al doctor Murkin cada dos semanas. Me pone las inyecciones para que me sienta mejor.

La guerra de bolas de nieve había sido muy divertida, pero con la nieve y el viento no me había dado cuenta de que tenía demasiado calor. Por eso me había sentido mal.

—¿Ahora te sientes mejor? —me preguntó mi madre mientras salíamos de la consulta.

—Sí, me siento bien —le contesté. Me detuve al llegar a la puerta—. ¿Me ves diferente, mamá?

—¿Diferente? —Mi madre entrecerró los ojos.

—¿No se me ve más moreno? —pregunté, esperanzado.

—Estoy un poco preocupada por ti, Larry —respondió mi madre después de mirarme un instante—. Quiero que cuando lleguemos a casa duermas la siesta, ¿de acuerdo?

Comprendí que eso significaba que no se me veía moreno. Ya sabía yo que el producto no iba a funcionar. Era demasiado viejo, y probablemente tampoco había servido cuando era nuevo.

—Es difícil broncearse en invierno —añadió mamá cuando estábamos en el aparcamiento cubierto de nieve.

«Dímelo a mí», pensé resignado.

Lily me llamó inmediatamente después de la cena.

—Yo también me he sentido un poco mal —confesó—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondí. En una mano sostenía el teléfono inalámbrico y en la otra el mando a distancia para ir cambiando de canal. Es una mala costumbre que tengo. A veces no hago otra cosa

que cambiar de un canal a otro y no veo nada, ni siquiera a medias.

—Howie y Marissa aparecieron en cuanto tú te marchaste —dijo Lily.

—¿Los machacasteis? —pregunté ansioso—. ¿Los enterrasteis bajo las bolas de nieve?

—No —contestó Lily con una carcajada—. Estábamos empapados hasta las orejas y muy cansados cuando llegaron. Nos quedamos allí, temblando de frío.

—¿Howie dijo algo de su grupo?

—Sí. Dijo que se ha comprado un libro de guitarra de Eric Clapton y que está aprendiendo un montón de canciones nuevas. Dice que nos ganará.

—Howie tendría que seguir con la batería. Es el peor guitarrista del mundo —murmuré—. La guitarra se pone a chillar cuando la toca. No sé cómo se lo monta.

—Marissa también chilla —señaló Lily—. Pero ella dice que canta.

Nos reímos, aunque yo menos.

—¿Crees que Howie y los Gritones son buenos?

—No lo sé —contestó Lily, pensativa—. Howie chulea mucho, pero no puedes creerle. Dice que son tan buenos que podrían grabar un compacto. Según él, su padre quiere que graben una cinta para enviarla a todas las compañías discográficas.

—¡Sí, y qué más! —exclamé, sarcástico—. Una tarde de éstas tendríamos que acercarnos a su casa cuando ensayan —sugerí—. Podríamos escuchar a través de la ventana. Escuchar cómo suenan de verdad.

—Marissa canta bastante bien —dijo Lily—. Tiene una voz bonita.

—Pero no canta como tú —respondí.

—Bueno, creo que vamos mejorando —comentó ella—. Es una pena no tener una batería de verdad.

—La máquina de Jared no siempre toca la misma canción que nosotros.

Lily y yo hablamos un rato sobre la batalla musical. Después le di las buenas noches, desconecté el teléfono y me fui a mi mesa para hacer los deberes.

Acabé sobre las diez. Bajé medio dormido para decirles a papá y a mamá que me iba a la cama. Después me puse el pijama y fui al cuarto de baño para lavarme los dientes.

Me miré la cara en el espejo bien iluminado. Ni sombra de bronceado. Tenía la cara tan pálida como siempre. Cogí el cepillo de dientes, puse un poco de pasta, y cuando me disponía a metérmelo en la boca me detuve.

—¡Eh! —grité. El cepillo cayó en el lavabo mientras yo miraba el dorso de mi mano.

Al principio creí que era una mancha, pero cuando la acerqué más a los ojos comprobé horrorizado que no era una mancha. Solté una exclamación ahogada mientras me miraba el dorso de la mano.

Estaba cubierto por una espesa mata de cabello negro.

7

Me quedé alucinando. Sacudí la mano con fuerza, supongo que pensando que el pelo se caería solo. Lo cogí con la otra mano y di un tirón. «¡Ay!». El pelo que crecía en el dorso de mi mano era auténtico.

—¿Cómo es posible? —me pregunté en voz alta.

Mantuve la mano debajo de la luz mientras hacía un esfuerzo para controlar el temblor. El pelo medía casi un centímetro de largo. Era negro y brillante, áspero al tacto. Pinchaba como las cerdas. «Larry peludo». De pronto recordé el estúpido mote que me había puesto Lily. «Larry peludo».

Vi en el espejo cómo se me subían los colores. Pensé apenado que me llamarían «Larry peludo» durante el resto de mi vida si alguna vez veían el pelo negro en el dorso de mi mano. «¡No puedo permitir que nadie lo vea! —me dije mientras notaba una opresión en el pecho—. ¡No puedo! ¡Me moriría de vergüenza!». Miré la mano izquierda, que estaba tan suave y limpia como siempre.

—Menos mal que es sólo en una mano —exclamé. Volví a tirar frenético de los pelos hasta que me dolió la mano, pero el pelo no desapareció. De pronto noté la boca seca. Temblaba como una hoja y tuve que sujetarme al borde del lavabo con las dos manos.

«¿Qué voy a hacer? —pensé—. ¿Voy a tener que usar un guante durante el resto de mi vida? No puedo permitir que mis amigos vean esto. Me llamarán “Larry peludo” por siempre jamás».

Un sollozo de pánico escapó de mis labios. «Tranquilízate —me dije—. Tienes que pensar con claridad».

Me aferraba con tanta fuerza al lavabo que me dolían las manos. Las aparté, y luego me subí las mangas del pijama. ¿También tenía los brazos cubiertos de pelo? No. Suspiré aliviado. Sólo me había crecido pelo en el dorso de la mano derecha. ¿Qué podía hacer?

Oí que mis padres subían la escalera para dirigirse a su dormitorio. Me apresuré a cerrar con llave la puerta del cuarto de baño.

—¿Larry, todavía estás levantado? Creía que ya estabas en la cama —dijo mi madre desde el vestíbulo.

—¡Me estoy cepillando el pelo! —grité.

Me cepillo el pelo todas las noches antes de acostarme. Sé que no tiene mucho sentido. Sé que me despeino en cuanto apoyo la cabeza en la almohada. No es más que un hábito tonto. Contemplé mi pelo en el espejo. Mi pelo rubio, suave y ondulado. No se parecía en nada a las cerdas repugnantes que tenía en la mano.

Me entraron náuseas. Se me revolvió el estómago. Dominé las náuseas y abrí el botiquín. Miré las etiquetas de todos los frascos y tubos que había dentro. «Quitapelo». Buscaba la palabra «quitapelo». Existe ese producto, ¿verdad? Pero no en nuestro botiquín. Ni un solo frasco ni tubo con esa etiqueta. Miré el mechón de pelo en la mano. ¿Había crecido un poco, o eran imaginaciones mías?

Entonces se me ocurrió otra idea. Cogí la navaja de mi padre. En el estante inferior del botiquín encontré un bote de espuma de afeitar. Decidí afeitarme la mano. Sería muy sencillo.

Había visto mil veces cómo se afeitaba mi padre. No tenía nada de extraordinario. Abrí el grifo del agua caliente. Me mojé la mano y después froté la pastilla de jabón contra las cerdas negras hasta que quedaron completamente enjabonadas.

Tenía las manos llenas de jabón y me costó trabajo sujetar el bote de espuma, que estuvo a punto de caérseme. Por fin conseguí apretar el botón y deposité una buena cantidad de espuma sobre el dorso de la mano.

Extendí la espuma sobre el horrible pelo negro. Después sujeté la navaja con la mano izquierda y la mantuve unos segundos bajo el chorro de agua caliente, como había visto hacer a mi padre.

Luego comencé el afeitado. Era difícil afeitarse con la mano

izquierda. La navaja se deslizó sobre el dorso. Las cerdas se desprendieron como llevadas por el viento. Las miré mientras desaparecían por el desagüe.

Después puse la mano debajo del chorro y dejé que el agua limpiara los restos de espuma de afeitar. El agua tibia me produjo una sensación placentera. Me sequé la mano y luego la miré con atención. Suave. Limpia y suave. Ni rastro del repugnante pelo negro.

Mucho más animado, guardé la navaja y la espuma de afeitar en el botiquín. Crucé el vestíbulo y entré en mi dormitorio. Apagué la luz y, sin dejar de frotarme el dorso de la mano para disfrutar de su suavidad, me metí en la cama. Hundí la cabeza en la almohada. Bostecé; de pronto tenía mucho sueño.

¿Qué había ocasionado la aparición del pelo? La pregunta me atormentaba desde el momento en que lo descubrí. ¿Había sido culpa del líquido bronceador?

Me pregunté si a alguno de mis amigos también le habría crecido pelo. Se me escapó la risa cuando me imaginé a Manny cubierto de pelo como un gorila. Pero no era divertido. Era horrible.

Me froté la mano. Seguía suave. No parecía que el pelo volviera a crecer. Bostecé, y se me cerraron los ojos. «Oh, no, me pica». De pronto, noté que me picaba todo el cuerpo. ¿Me estaban creciendo cerdas negras por todo el cuerpo?



—¿Has dormido bien? —me preguntó mamá cuando me vio entrar en la cocina para desayunar—. Estás pálido.

Papá dejó de leer el periódico un momento para mirarme. Tenía una taza de café humeante junto a su plato.

—Yo no lo veo pálido —comentó antes de reanudar la lectura.

—He dormido bien —dije mientras me sentaba en uno de los taburetes, delante del mostrador. Me miré la mano que mantenía oculta debajo del mostrador. Ni rastro de pelo. Parecía tan normal como antes.

Me había levantado de un salto en cuanto me llamó mamá y enseguida me miré todo el cuerpo en el espejo del armario. Ni sombra de pelo.

Me sentía tan feliz que tenía ganas de cantar. Tenía ganas de abrazar a papá y a mamá y de bailar sobre el mostrador pero me daba vergüenza, así que me comí los cereales y me bebí el zumo de naranja. Mamá se sentó junto a papá y comenzó a pelar un huevo duro, como cada mañana. Siempre dejaba la yema y sólo se comía la clara, para evitar el colesterol.

«Mamá, papá, quiero deciros una cosa. Ayer cometí una estupidez. Encontré una botella de un líquido bronceador en el contenedor de basura. Los chicos y yo nos la pusimos, pero el producto había caducado. Y anoche, de pronto, me aparecieron unas cerdas negras en el dorso de la mano».

Hubiera querido decir eso. Incluso estuve a punto de decirlo, pero no pude. Me hubiera dado mucha vergüenza. Hubieran

comenzado a gritarme y a decir que era un imbécil. Me hubieran llevado al doctor Murkin y le hubieran dicho lo que había hecho. Entonces él me hubiera dicho que era un estúpido, así que mantuve la boca cerrada.

—Esta mañana estás muy callado —comentó mamá mientras cogía un trozo de clara con la cuchara.

—No hay mucho que decir —respondí.

Me encontré con Lily camino de la escuela. Llevaba el cuello del abrigo subido, y una gorra de lana azul y roja encasquetada hasta las orejas le ocultaba el pelo rubio.

—¡No hace tanto frío! —exclamé mientras trotaba para alcanzarla.

—Mamá dice que la temperatura bajará a menos de cero grados —me contestó Lily—. Me ha hecho abrigar tanto que no me puedo mover.

El sol, una bola roja en un cielo descolorido, apenas si estaba por encima de las casas. Soplaba un viento fuerte y helado. Caminábamos con el cuerpo inclinado hacia adelante. La nieve se había endurecido y se quebraba bajo nuestras botas. Me armé de valor y decidí formularle la gran pregunta.

—Lily —dije con voz vacilante—. ¿Anoche te crecieron cerdas negras en el dorso de la mano?

Ella se detuvo y me miró. En su rostro apareció una expresión solemne.

—Sí —confesó con un hilo de voz.



—¿Eh? —exclamé, con el corazón golpeándome en el pecho—. ¿Te ha crecido pelo en la mano?

Lily asintió muy seria. Se acercó. El ojo azul y el ojo verde me miraron con atención.

—Me ha crecido pelo en las dos manos —susurró. El vapor de su aliento se condensó en el aire helado—. Después me apareció en los brazos, en las piernas y en la espalda.

Solté un grito ahogado.

—Después la cara se me transformó en la de un lobo —añadió Lily, sin dejar de mirarme—. Salí corriendo de la casa, me fui al bosque y le aullé a la luna. Así. —Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un largo y triste aullido—. Luego encontré a tres personas en el bosque… ¡y me las comí! ¡¡Soy una mujer loba!!

Me lanzó un gruñido y me enseñó los dientes en una mueca feroz, antes de echarse a reír como una loca. Noté la cara roja de vergüenza. Lily me dio un empujón, perdí el equilibrio y estuve a punto de caerme. A Lily esto le hizo reír todavía más.

—¡Te lo has creído, Larry, te lo has creído! ¡Te has creído esa historia tan estúpida!

—¡Qué va! —repliqué, muerto de vergüenza—. No es verdad, Lily. ¡No me he creído ni una palabra!

Pero me había creído la historia, hasta el momento en que dijo que se había comido a tres personas. Entonces llegué a la conclusión de que era un cuento, que se había burlado de mí.

—¡Larry peludo! ¡Larry peludo!

—¡Cállate! —le dije furioso—. ¡No es divertido! ¡No tiene ni pizca de gracia, para que lo sepas!

—¡Pues tú sí! —replicó ella—. ¡Tienes un aspecto muy gracioso!

—¡Ja, ja! —exclamé sarcástico. Me di la vuelta y crucé la calle a zancadas, intentando alejarme de ella.

—¡Larry peludo! ¡Larry peludo! —gritó Lily, que no dejaba de seguirme—. ¡¡Larry peludo!!

Resbalé en una placa de hielo. Conseguí mantener el equilibrio, pero la mochila se deslizó de mi hombro y cayó con un golpe sordo sobre la nieve. En el momento en que me agachaba para recogerla, Lily apareció a mi lado.

—¿Anoche te creció pelo, Larry? —preguntó.

—¿Eh? —respondí como si no hubiese entendido la pregunta.

—¿Anoche te creció pelo en el dorso de la mano? ¿Por eso me lo has preguntado? —insistió Lily, casi pegada a mi oreja.

—No digas tonterías —murmuré. Me eché la mochila al hombro y reanudé mi camino—. No digas tonterías —repetí.

—¿Eres un hombre lobo? —preguntó Lily, y se rió.

—No, soy un vampiro —contesté. Hice todo lo posible por reírme, aunque quería contarle a Lily toda la verdad. Quería hablarle del mechón de cerdas, pero sabía que ella era incapaz de guardar un secreto. Contaría la historia a toda la escuela, y entonces todos los que conocía me llamarían «Larry peludo» durante el resto de mi vida.

Me supo mal mentirle. Después de todo, es mi mejor amiga. Pero ¿qué podía hacer? Caminamos el resto del trayecto hasta la escuela casi sin hablar. De vez en cuando miraba de reojo a Lily, que sonreía de una manera muy extraña.

—¿Tenéis preparados los informes de lectura? —preguntó la señorita Shindling.

La clase se llenó de ruidos de sillas, de carteras y mochilas que se abrían, de papeles, de carraspeos. Ponerse delante de toda la clase y leer el informe de lectura ponía nervioso a todo el mundo. ¡A mí me ponía muy nervioso! Detesto que la gente se fije en mí. Cada vez que digo mal una palabra o me olvido de lo que voy a

decir después, me pongo rojo como un tomate. Entonces todos se ríen y se burlan de mí.

La noche anterior había ensayado mi informe de lectura delante del espejo. Lo había hecho bastante bien; sólo había cometido unos errores sin importancia. Desde luego no me había puesto nervioso ensayar a solas, pero ahora me temblaban las piernas, y eso que todavía no me habían llamado.

—Howie, pasa y léenos tu informe de lectura —dijo la maestra, mientras hacía un gesto para que Howie Hurwin se pusiera de cara a nosotros.

—¡Es una pena que los mejores siempre tengamos que pasar primero! —comentó Howie con una sonrisa.

Algunos se pusieron a reír, otros se quejaron. Yo sabía que Howie no bromeaba. De verdad que creía ser el mejor en todo.

Se plantó ante la clase con aire decidido. Howie es un tipo alto, regordete, con el pelo castaño y largo que nunca se peina y una cara redonda con pecas en las mejillas. Siempre muestra una expresión de desprecio. Una mueca que dice: «Soy el mejor y vosotros no valéis nada». Siempre usa tejanos descoloridos que le van enormes, camiseta de manga larga y un chaleco negro de tela brillante.

Nos mostró el libro que iba a comentar. Era uno de los libros de béisbol de Matt Christopher. Gemí para mis adentros. Ya sabía lo que Howie iba a decir: «Recomiendo este libro a cualquiera que le guste el béisbol».

Howie siempre empezaba los informes de lectura de la misma manera. ¡Qué aburrimiento! Pero Howie sacaba notables en todas las asignaturas. No entiendo por qué la señorita Shindling cree que es tan buen alumno.

Howie carraspeó y dedicó una sonrisa a la señorita Shindling. Después miró a la clase y comenzó el informe con voz clara y firme:

—Recomiendo este libro a cualquiera que le guste el béisbol.

Os lo dije. Bostecé con toda el alma. Nadie pareció darse cuenta.

—Éste es un libro muy bueno con un argumento estupendo —prosiguió Howie—. Si os gusta la acción, os gustará este libro. Sobre todo si sois forofos del béisbol.

No escuché el resto. Estaba muy ocupado repasando mi informe de lectura. Al cabo de unos minutos, la señorita Shindling anunció:

—Larry, tú eres el siguiente.

Inspiré con fuerza y me puse de pie. «Tranquilo, Larry —me dije —. Has ensayado tu informe mil veces. No tienes por qué ponerte nervioso». Tosí con fuerza mientras caminaba por el pasillo hacia el frente de la clase. Cuando pasé junto al pupitre de Howie, me puso la zancadilla. Vi la sonrisa de oreja a oreja pero no vi su pie.

Perdí el equilibrio y caí de bruces al suelo.

Toda la clase estalló en una carcajada. Comencé a levantarme, con el corazón golpeándome en el pecho, pero me detuve cuando me vi las manos.

Las tenía cubiertas de cerdas negras.

10

—¿Larry, estás bien? —me preguntó la señorita Shindling desde su mesa.

—¿Eh? —La sorpresa me había dejado sin habla.

—¿Larry, te has hecho daño?

—Bueno… verá… —No podía hablar. Tampoco podía moverme. Ni pensar.

Agachado en el suelo, miraba horrorizado mis manos peludas. A mi alrededor, los chicos celebraban con risas la zancadilla de Howie. Vi de reojo que el chico que estaba al lado de Howie le daba una palmada en la espalda.

Muy divertido, desde luego. Por lo general estas situaciones me causan mucha vergüenza, pero no tenía tiempo para avergonzarme. Tenía demasiado miedo. ¿Alguien había visto mis manos peludas? Miré a todos, sin levantarme.

Nadie me señalaba espantado ni gritaba de horror. Quizá ninguno las había visto todavía. Sin perder ni un segundo, metí las manos en los bolsillos de los vaqueros. Cuando estuve seguro de que nadie podía verlas, me levanté.

—¡Mirad! ¡Larry tiene vergüenza! —gritó alguien desde el fondo del aula. Mis compañeros volvieron a reírse.

Esto hizo que todavía me pusiera más colorado, pero el rubor no era mi problema más grave. Antes que enfrentarme a la clase con las manos peludas prefería morirme.

Sin pensarlo dos veces, di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. No era sencillo caminar deprisa con las manos metidas en

los bolsillos.

—Larry, ¿qué pasa? —preguntó la maestra—. ¿Dónde vas?

—Enseguida vuelvo —respondí.

—¿Estás seguro de que no te pasa nada?

—No, no me pasa nada —repliqué—. Ahora mismo vuelvo.

Sabía que todos me miraban. No me importaba. Tenía que salir de allí. Tenía que hacer algo con mis manos. Cuando llegué a la puerta, oí que la señorita Shindling reñía a Howie.

—Podrías haberle hecho daño. No tienes que hacer zancadillas a tus compañeros, Howie. Ya te lo he advertido más de una vez.

—Pero, señorita Shindling, si ha sido un accidente… —mintió Howie.

Abrí la puerta y salí al pasillo vacío. Me aseguré de que no hubiera nadie a la vista, y entonces saqué las manos de los bolsillos. Tenía la remota esperanza de que hubiesen recuperado la normalidad, pero la esperanza se esfumó en cuanto las miré.

El pelo negro, de casi dos centímetros de largo, me cubría las dos manos. ¿Cómo podía crecer tan rápido? Esta vez tenía pelo en los dorsos y en las palmas de las manos. Tenía pelo incluso en los nudillos y en los espacios entre los dedos. Me froté las manos para ver si se desprendía, pero desde luego no lo conseguí.

—Nooooo. ¡Por favor, nooooo! —gemí en voz alta, sin darme cuenta.

¿Qué podía hacer? No podía regresar a la clase con aquellas manos de monstruo. ¡A mis compañeros les daría asco! Tendría que vivir avergonzado el resto de mi vida. Cada vez que alguien me viera, diría: «Aquí viene Larry Boyd, el peludo. ¿Recordáis el día que le creció pelo negro en las manos?».

Pensé que lo mejor era marcharme a casa. Tenía que irme de allí. No. ¿Cómo podía marcharme de la escuela a media mañana? La señorita Shindling me esperaba para que leyera mi informe de lectura.

Sumido en un mar de dudas, permanecí en el pasillo, con la espalda apoyada contra la pared, sin dejar de mirar mis manos siniestras. De pronto descubrí que no estaba solo. Levanté los ojos y solté una exclamación al ver al señor Fosburg, el director de la escuela, que venía cargado con un montón de libros de texto.

El señor Fosburg se detuvo a un par de metros de distancia, mientras miraba mis manos con expresión de asombro.

11

Oculté las manos detrás de la espalda, pero ya era demasiado tarde. El señor Fosburg las había visto. Entrecerró los azules ojos mientras me miraba. Me estremecí. ¿Qué diría? ¿Qué haría?

—¿Hace demasiado frío en el edificio? —preguntó el director.

—¿Eh? —repliqué. ¿Qué me había preguntado?

Me apoyé en las manos, apretándolas contra la pared. Incluso a través de la camisa notaba las cerdas que las cubrían.

—¿Quieres que suba la calefacción, Larry? —preguntó el señor Fosburg—. ¿Hace demasiado frío? ¿Por eso llevas guantes en la clase?

—¿Gu… guantes? —tartamudeé. ¡Pensaba que yo llevaba guantes!—. Sí. Tenía… eh… un poco de frío —añadí. Ya me sentía un poco mejor—. Por eso fui a mi taquilla a buscar los guantes.

El director me miró pensativo. Después se dio la vuelta y se alejó cargado con los libros.

—Hablaré con el conserje —me dijo mientras se marchaba.

Respiré aliviado cuando desapareció de la vista. Había estado a punto de descubrirme, pero me había dado una buena idea: los guantes. Sin perder ni un segundo fui hasta mi taquilla. Al hacer girar las ruedecillas de la combinación tuve una extraña sensación en las manos peludas, pero no me resultó difícil abrir el candado, y cogí los guantes de cuero negro del bolsillo del abrigo.

Unos segundos más tarde entré en el aula. Lily estaba frente al resto de la clase; era su turno de leer el informe de lectura. Me miró con curiosidad mientras yo ocupaba mi asiento. Cuando Lily acabó,

la señora Shindling me indicó que me acercara a ella.

—¿Ya estás bien, Larry?

—Sí —contesté—. Tenía las… eh… manos heladas. —Me levanté y fui a colocarme de cara a la clase.

Algunos de los chicos se rieron al ver mis guantes, pero no me importaba. Al menos nadie vería mis manos cubiertas con el repulsivo pelo negro. Me armé de valor y comencé con mi informe.

—El autor del libro que he leído es Bruce Coville —dije—, y se lo recomiendo a todos los que gusten de los relatos de ciencia ficción divertidos…

En cuanto acabaron las clases, me apresuré a volver a mi taquilla. Mantuve la cabeza gacha e intenté no hablar con nadie. No me había quitado los guantes en todo el día, aunque me daban calor y eran incómodos. Además, los notaba muy apretados.

Me pregunté si el pelo negro continuaría creciendo. La única manera de saberlo era quitarme los guantes, pero me daba miedo. Me puse el abrigo y me colgué la mochila al hombro. «Tengo que salir de aquí y pensar», me dije.

A unos pasos de la puerta principal, oí que Lily me llamaba. Me di la vuelta y la vi detrás de mí. Vestía un suéter amarillo que le llegaba casi hasta las rodillas y mallas de un verde brillante. No me detuve.

—¡Ya nos veremos más tarde! —le grité—. Tengo mucha prisa. —Pero ella aceleró el paso y me alcanzó.

—¿No piensas venir al ensayo? —me preguntó.

Yo estaba tan preocupado por mis manos peludas que me había olvidado por completo del ensayo del grupo.

—Esta tarde ensayamos otra vez en casa, ¿no te acuerdas? —añadió Lily, que retrocedió al ver que yo seguía caminando hacia la puerta.

—No… no puedo —tartamudeé—. No me siento bien. —Era verdad.

—¿Qué pasa contigo, Larry? —preguntó Lily, sin quitarme la mirada de encima—. ¿Cómo es que has estado tan raro todo el día?

—Es que no me siento bien —repetí—. Lamento perderme el

ensayo. ¿Podemos hacerlo mañana?

—Supongo que sí —contestó. Dijo algo más pero no lo escuché. Abrí la puerta y dejé la escuela.

Corrí todo el camino hasta casa. El sol iluminaba la nieve, que brillaba como si fuese plata. Era un espectáculo hermoso, pero no podía disfrutarlo. Estaba ensimismado en mis pensamientos. No hacía más que pensar en pelo, en mechones de pelos negros como cerdas.

Entré en casa y dejé caer la mochila al suelo. Cuando subía las escaleras para ir a mi habitación, oí que mi madre me llamaba.

La encontré en la sala, sentada en un sillón junto a la ventana. Tenía a nuestra gata *Jasper* sobre la falda y el teléfono inalámbrico contra la oreja. Dijo algo a la persona con la que conversaba y después apartó el teléfono mientras me miraba.

—Larry, ¿cómo llegas tan pronto? ¿No tenías ensayo con el grupo?

—Hoy no —mentí—. Tengo muchos deberes, y por eso he vuelto sin perder ni un segundo. —Otra mentira.

No quería decirle la verdad. No quería contarle que me había frotado la cara, el cuello y las manos con aquel líquido y que ahora me estaba creciendo pelo en las manos. No quería decírselo, pero de pronto comencé a contarle toda la historia. No podía ocultarla ni un momento más.

—Mamá, no me creerás —dije con voz ahogada—. Me está creciendo pelo, mamá. Un horrible pelo negro. En las manos. Verás, mamá, mis amigos y yo encontramos una botella de líquido bronceador. Ahora sé que cometimos una estupidez, pero nos pusimos la loción. Me unté la cara, las manos y el cuello, y ahora me está creciendo pelo, mamá. Hoy, mientras estaba en la escuela, descubrí que tenía las manos cubiertas de pelo. Estoy muy avergonzado, y además tengo miedo, mucho miedo.

Jadeaba cuando acabé el relato. Mientras hablaba había mantenido la cabeza gacha, pero entonces miré a mamá para ver su reacción. ¿Qué diría? ¿Querría ayudarme?

12

Oí que murmuraba algo, pero no entendí las palabras. Entonces me di cuenta de que no hablaba conmigo. Volvía a tener el teléfono contra la oreja y hablaba con alguien.

Mamá había vuelto a su conversación telefónica. Estaba tan atenta a lo que decía la otra persona que no había escuchado ni una sola de mis palabras. Solté una exclamación de enfado. Me di la vuelta y me fui a mi habitación. Cerré la puerta y por fin me quité los guantes.

Jasper estaba sentada en el alféizar. La gata pasaba la mayor parte del día sentada allí, desde donde miraba el jardín delantero. Cuando me quité los guantes y los arrojé sobre la silla me miró. Los ojos amarillos brillaban de contento.

Crucé la habitación y la cogí en brazos. Después me senté en el alféizar, con la gata contra mi pecho. «*Jasper*, tú eres mi única amiga de verdad», susurré mientras le acariciaba el lomo.

Curiosamente, la gata soltó un agudo maullido, arqueó la espalda y saltó al suelo. Cuando estuvo más allá de la mitad de la habitación, se detuvo y me miró furiosa. Tardé unos segundos en comprender cuál era el problema.

—Son las manos peludas, ¿no es verdad, *Jasper*? —le dije, apenado—. Te han asustado, ¿a que sí? —La gata inclinó la cabeza hacia un lado, como si intentara comprenderme—. Bueno, yo también estoy asustado.

Me levanté de un salto y fui a toda prisa hasta el cuarto de baño. Una vez dentro, abrí el botiquín para coger la navaja y la espuma

de afeitar de papá, y puse manos a la obra.

No fue fácil, sobre todo cuando tuve que afeitar los pelos entre los dedos. No había sitio para deslizar la navaja. El pelo era duro como las cerdas de un cepillo. Me corté dos veces, en la palma y en el dorso de la mano derecha.

Mientras me quitaba el sobrante de espuma de afeitar, vi a *Jasper* que me miraba desde la puerta del cuarto de baño.

—No se lo digas a mamá ni a papá —dije. La gata parpadeó al tiempo que bostezaba.

A la mañana siguiente me desperté antes que mis padres. Casi todas las mañanas me quedo en la cama hasta que mamá me llama, pero esa mañana me levanté de un salto, encendí todas las luces y fui a mirarme en el espejo del armario. ¿Encontraría más pelo?

Lo primero que miré fueron las manos. A pesar de la somnolencia vi con toda claridad que el pelo no había vuelto a crecer.

—¡Qué bien! —grité lleno de alegría.

Me dolían los cortes que me había hecho con la navaja, pero era un mal menor. Tenía las dos manos libres de pelos. Las miré durante un buen rato, contento de ver que volvían a ser normales.

Durante la noche había soñado con pelo. Había comenzado con un plato de espaguetis. En el sueño estaba en la cocina, dispuesto a comerme un buen plato de espaguetis, pero en el momento en que comenzaba a enrollarlos en el tenedor, se convertían en pelos, en largos pelos negros.

Yo enrollaba los pelos en el tenedor. El plato estaba a rebosar de pelos negros. Luego levantaba el tenedor. Abría la boca, y cuando estaba a punto de engullirlos me desperté. ¡Uf! ¡Qué asco!

Me entraron náuseas y me costó volverme a dormir. Ahora, ya de mañana, continué con la revisión. Me incliné para mirarme los pies. Después las piernas. No había mechones de cerdas negras. Ni rastro de pelo por ninguna parte. «No tengo motivos para no ir a la escuela —me dije muy contento—, pero me llevaré los guantes, por si acaso».

Después de desayunar me puse el abrigo, cogí la mochila y salí de casa. Hacía un día precioso. La nieve resplandecía. El calor del sol comenzaba a fundirla. Caminé fijándome bien dónde ponía los

pies para no meterlos en algún charco de nieve sucia. Me sentía mejor, mucho mejor. En realidad, me sentía muy bien.

Entonces se me ocurrió volver la cabeza y vi la jauría de perros feroces que venían a por mí.

13

Se me hizo un nudo en la garganta. Los perros corrían a toda velocidad. Movían las cabezas de arriba abajo, sin desviar la mirada. Ladraban y gruñían feroces con cada salto.

De pronto sentí que las piernas me pesaban una tonelada, pero me di la vuelta y me forcé a correr. «¡Si me pillan, me harán picadillo!», me dije. Llegué a la conclusión de que mi cuerpo olía a gata, y que por eso me perseguían.

Quería mucho a mi gata. Pero ¿por qué tenía que crearme tantos problemas? Además, ¿quiénes eran los dueños de estos perros? ¿Por qué los dejaban sueltos y permitían que persiguieran a la gente?

Preguntas y más preguntas. No se me ocurría otra cosa mientras corría a través de los jardines y después por la calle. Sonó un bocinazo y a continuación oí el chirrido de frenos. Un coche derrapó hasta chocar con el bordillo. Me había olvidado de mirar antes de cruzar la calle.

—¡Lo siento! —grité sin dejar de correr.

Un dolor agudo en el costado me obligó a aminorar la carrera. Miré por encima del hombro: los perros ganaban terreno. Cruzaron la calle y avanzaron por la nieve. Cada vez más cerca.

—¡Eh, Larry! —Dos chicos aparecieron en la acera unos metros más allá.

—¡Corred! —grité casi sin aliento—. Los perros…

Pero Lily y Jared no se movieron. Me detuve junto a ellos, con una mano en el costado. Me dolía muchísimo. Apenas si podía respirar.

Lily se dio la vuelta para mirar a los perros, como había hecho la vez anterior. Jared se adelantó unos pasos. Miramos cómo se acercaban los perros.

Al ver que no nos movíamos, los animales se detuvieron. Los ladridos cesaron al instante. Nos miraron sin saber qué hacer. Jadeaban con las lenguas colgando hasta el suelo.

—¡Fuera! ¡Marchaos! —gritó Lily, y descargó un pisotón contra la acera. El perro negro, el jefe de la jauría, soltó un gemido con la cabeza gacha.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritamos los tres.

El dolor en el costado comenzó a ceder. Me sentía un poco mejor. Me di cuenta de que los perros no nos atacarían. No querían enfrentarse a nosotros. Los perros se volvieron y se alejaron al trote detrás del perro negro. De pronto, Jared se echó a reír.

—¡Mirad aquél! —gritó mientras señalaba a uno de los perros que era piel y hueso, con el pelo negro rizado.

—¿Qué tiene de gracioso? —le pregunté.

—¡Es idéntico a Manny! —afirmó Jared.

—¡Tienes razón! —afirmó Lily, que se sumó a las risas de Jared —. ¡Se parece muchísimo!

Los tres nos reímos. El perro tenía el pelo rizado de Manny y los mismos ojos tristes.

—Venga, vamos. Llegaremos tarde —dijo Lily. Apartó de un puntapié un montón de nieve. Jared y yo la seguimos hacia la escuela.

—¿Por qué te perseguían los perros? —preguntó Jared.

—Creo que huelen a mi gata —contesté.

—Esos perros son malvados —comentó Lily, que nos llevaba unos pasos de ventaja—. No tendrían que dejarlos sueltos.

—Dímelo a mí —dije yo.

Una fuerte ráfaga de viento estuvo a punto de tumbarnos sobre la acera helada. La gorra de Jared salió volando y fue a caer en mitad de la calzada. Una furgoneta que pasaba de poco la aplasta. Jared se apresuró a recuperar la gorra.

—No veo la hora de que se acabe el invierno —murmuró.

Nos encontramos con Kristina en la puerta de la escuela. El viento le arremolinaba el pelo rojo.

—¿Esta tarde tenemos ensayo? —preguntó. Dio un mordisco a una tableta de chocolate con cacahuetes.

—Un desayuno estupendo —dije, sarcástico.

—Mamá no ha tenido tiempo de prepararme huevos fritos —respondió Kristina, con la boca llena de chocolate.

—Sí, ensayaremos en casa —le dijo Lily—. Tíos, tenemos que ponernos a trabajar en serio si no queremos que Howie gane el concurso.

—¿Dónde estuviste ayer? —me preguntó Kristina.

—No… no me encontraba bien —tartamudeé.

La pregunta me hizo recordar el INSTA-TAN. ¿A alguno de mis amigos también le había crecido pelo por haber usado la loción bronceadora? Tenía que saberlo. No veía otro medio para averiguarlo que preguntar, pero si a ninguno le había crecido pelo, si yo era el único, me moriría de vergüenza.

—Esto… ¿os acordáis de aquel líquido bronceador, el INSTA-TAN? —les pregunté, sin darle mucha importancia.

—Un producto estupendo —contestó Jared—. ¡Creo que me dejó la piel todavía más blanca!

—No dio ningún resultado —añadió Kristina—. Tenías razón, Larry. El producto estaba caducado.

—Míranos —dijo Lily—. Estamos todos tan blancos como la nieve. Ese líquido no servía para nada.

«¿A alguno de vosotros os han crecido mechones de pelo negro y duro como cerdas?». Ésa era la pregunta que deseaba hacerles, pero ninguno de ellos dijo nada sobre la aparición de pelos en el cuerpo. ¿Les pasaba lo mismo que a mí? ¿Les daba vergüenza admitirlo, o era yo el único?

Inspiré a fondo. ¿Tenía que preguntar? ¿Tenía que preguntar si a alguno de ellos le había crecido pelo? Abrí la boca dispuesto a formular la pregunta, pero me contuve al darme cuenta de que el tema de conversación había cambiado. Ahora hablaban otra vez de nuestro grupo.

—¿Puedes traer tu amplificador a casa? —le estaba preguntando Lily a Kristina—. Manny traerá el suyo, pero sólo tiene clavijas para dos guitarras.

—Quizá pueda traer el mío… —comencé a decir, cuando de

pronto una ráfaga de viento me quitó la capucha del abrigo. Levanté una mano para ponérmela en su sitio, pero al hacerlo me rocé la nuca con los dedos y solté una exclamación.

Tenía la nuca cubierta con pelo como cerdas.

14

—¿Qué pasa Larry? —preguntó Lily.

—Eh… eh… —Yo no conseguía articular palabra.

—¿Tienes algún problema con la bufanda? —preguntó Jared—. ¿Te aprieta demasiado? —Tironeó de la bufanda de lana roja que me rodeaba el cuello, la áspera bufanda que mi madre me obligaba a usar porque la había tejido mi tía abuela Hildy. Me había olvidado de que la llevaba puesta. Cuando la rocé con la mano, había creído que…

—¡Ni que hubieras visto un fantasma! —señaló Lily—. ¿Estás bien, Larry?

—Sí, sí, estoy bien —murmuré, consciente de que me había ruborizado—. La bufanda me ahogaba.

Era una mentira muy tonta, pero algo tenía que decir. No podía confesar que había creído que tenía el cuello cubierto de cerdas. «¡Larry, tienes que dejar de pensar en el pelo! —me propuse—. ¡Si no lo haces te volverás loco!».

—¡Entremos! —dije con una voz temblorosa mientras volvía a ajustarme la bufanda.

Me apresuré a ir al lavabo para peinarme antes de que sonara la campana. Mientras me miraba en el espejo se me ocurrió una idea terrible: ¿Qué pasaría si de pronto se me caía el pelo verdadero y en su lugar me crecía el repugnante pelo negro? ¿Qué pasaría si al despertarme por la mañana descubría que tenía la cabeza cubierta

por una capa de cerdas negras?

Me miré unos momentos en el espejo. Alguien había ensuciado el cristal con jabón y mi reflejo aparecía cruzado por unas difusas rayas blancas.

«Anímate —me dije. Señalé con un dedo mi reflejo, un dedo suave y limpio de cualquier rastro de pelo—. Deja de pensar en el pelo, Larry —le ordené a mi reflejo—. Olvídate del asunto. No te pasa nada».

Llegué a la conclusión de que los efectos del líquido bronceador habían desaparecido. Habían pasado varios días desde que lo habíamos utilizado. Desde entonces me había dado tres duchas y dos baños. «Ya no te queda ni rastro en la piel —me dije—. Ha desaparecido. Deja de preocuparte».

Eché una última ojeada a mi pelo. Lo tenía muy largo, pero a mí me gustaba así. Me gustaba peinarlo por detrás de las orejas. «Quizá me lo dejaré crecer mucho más», pensé mientras guardaba el cepillo en la mochila y me iba a clase.

Tuve un buen día en la escuela hasta que la señorita Shindling nos devolvió las pruebas de historia. Lo que me trastornó no fue la nota. Me puso un nueve con cuatro, cosa que no está nada mal. Sabía que Lily habría conseguido un nueve con ocho o un nueve con nueve, pero Lily escribía muy bien. Para mí, un nueve con cuatro es una nota excelente.

Esto me alegró, pero mientras pasaba las hojas y leía los comentarios de la maestra sobre mi trabajo, encontré un pelo negro en la página tres. ¿Era mío? ¿Era una de las cerdas que habían crecido en mis manos? ¿Era tal vez de la señorita Shindling? Ella tenía el pelo negro y lacio. Podía ser suyo. Si no era así…

Miré el pelo sin atreverme a tocarlo. Sabía que estaba llevando este asunto demasiado lejos. Tenía que jurar solemnemente que dejaría de pensar en el pelo. Pero no podía evitarlo. Ver el pelo negro pegado en la página tres de mi prueba de historia me hacía temblar como una hoja.

Por fin acerqué la página a los labios y soplé para quitar el pelo.

No me enteré de nada de lo que dijo la señorita Shindling

durante el resto de la clase. Me alegré cuando sonó la campana y llegó la hora de ir al gimnasio. Pensé que me haría bien correr un poco y hacer ejercicio.

—¡Hoy baloncesto! —gritó el entrenador Rafferty mientras entrábamos en el gimnasio—. ¡Hoy baloncesto! ¡Poneos los pantalones cortos! ¡Venga, venga!

No me gusta mucho el baloncesto. Me aburre correr de un lado a otro de la cancha, ir arriba y abajo detrás de la pelota. Además, no soy muy bueno en los lanzamientos, y me da mucha vergüenza cuando un compañero me pasa la pelota y fallo un tiro fácil. Pero hoy el baloncesto me parecía lo más adecuado. La oportunidad de correr y descargar la energía nerviosa.

Seguí a los otros chicos hasta el vestuario. Abrimos las taquillas y sacamos los pantalones cortos y las camisetas. En un extremo del vestuario, Howie Hurwin gritaba:

—¡Os machacaré! ¡Os machacaré!

Alguien le dio con la toalla. «Se lo tiene merecido —pensé—. Howie es un imbécil». Pero el golpe no sirvió de nada, y Howie continuó gritando a pesar de las quejas de los demás.

Me senté en el banco y me quité las zapatillas. Después comencé a quitarme los vaqueros. Me detuve cuando los tenía a media pierna, y apenas conseguí reprimir un grito cuando me vi las rodillas.

Las tenía cubiertas de pelo negro.

15

—¿Cómo es que ayer no te cambiaste para estar en el gimnasio? —preguntó Jared.

—¿Eh? —La pregunta me pilló por sorpresa. Caminábamos por la acera cubierta de nieve casi derretida, cargados con nuestros instrumentos musicales. Íbamos a casa de Lily para otro ensayo.

—No quisiste ponerte los pantalones cortos, ¿no te acuerdas? —dijo Jared, con el teclado colgado del hombro.

—Tenía frío —contesté—. Tenía mucho frío en las piernas. Eso es todo. No sé por qué el entrenador Rafferty la tomó conmigo.

—Rafferty casi se tragó el silbato cuando encestaste aquella canasta de tres puntos desde media cancha —dijo Jared con una carcajada.

Yo también me reí. Era el peor lanzador de la escuela, pero estaba tan furioso por mis rodillas peludas, tan excitado, que jugué como no lo había hecho en toda mi vida.

El entrenador Rafferty me había dicho de muy buen humor: «¡Quizá tengas que jugar siempre con vaqueros!». Pero desde luego no era divertido.

Al salir de la escuela había vuelto a mi casa corriendo y me había pasado casi media hora en el cuarto de baño, afeitándome las rodillas. Cuando acabé las tenía rojas y me ardían, pero había conseguido mi propósito. Ni rastro de pelo.

Había pasado el resto de la tarde encerrado en mi habitación, pensando en lo que me sucedía. Por desgracia sólo se me ocurrieron preguntas, montones de preguntas, pero ni una respuesta.

Pensaba en la cuestión, tendido en la cama. ¿Por qué me había crecido pelo en las rodillas? No me había puesto INSTA-TAN en las rodillas. Entonces, ¿por qué me había crecido pelo allí? ¿Se había metido el producto a través de los poros y ahora lo tenía por todo el cuerpo? ¿Estaba a punto de convertirme en una criatura peluda, en una especie de King Kong o algo por el estilo? Preguntas y más preguntas.

Las preguntas todavía me atormentaban cuando cruzamos la calle y vimos la casa blanca de Lily en la esquina.

El sol aparecía enmarcado entre los dos arces desnudos del jardín de Lily. El aire era cálido, casi primaveral. La nieve se había derretido mucho en un día. Se veían trozos de hierba mojada entre el manto blanco.

En el jardín de la casa, al otro lado de la calle, un muñeco de nieve a medio derretir producía un efecto triste. El agua de los charcos de nieve derretida me salpicó los tobillos mientras Jared y yo avanzamos, cargados con los instrumentos por el camino de entrada a la casa.

Lily nos abrió la puerta. Ella y Kristina llevaban ensayando desde hacía un rato. Lily iba vestida con un suéter azul y rojo, y mallas azul claro. Kristina llevaba vaqueros y una camiseta verde y oro de Notre Dame.

—¿Dónde está Manny? —preguntó Lily.

—No lo he visto —contesté mientras frotaba las suelas de las zapatillas en el felpudo—. ¿No está aquí?

—Hoy tampoco ha ido a la escuela —añadió Kristina.

—Tenemos que ponernos serios, esto no puede ser —dijo Lily. Se mordió el labio inferior—. ¿Has hablado con Howie? ¿Te ha dicho lo que le ha comprado su padre?

—¿Un sintetizador nuevo? —Me agaché para abrir la funda de la guitarra—. Sí. Howie me lo ha contado todo. Dice que suena como una orquesta completa.

—¿Quién quiere sonar como una orquesta? —preguntó Jared. Tenía una hoja pegada en el zapato. La quitó, pero después no supo dónde tirarla, así que la guardó en un bolsillo del vaquero.

—Si Howie suena como una orquesta, y nosotros sonamos como tres guitarras y un teclado de juguete, estamos metidos en un buen

lío —nos advirtió Lily.

—¡No es un teclado de juguete! —protestó Jared.

—¡Tienes razón! —dije—. El hecho de que le tengas que dar cuerda no lo convierte en un teclado de juguete.

—Es pequeño pero tiene todas las notas —insistió Jared. Colocó el teclado sobre la mesa de centro y lo enchufó.

—Basta de perder el tiempo y pongámonos a trabajar —dijo Kristina, que pasó los dedos sobre los trastes de su brillante Gibson roja—. ¿Qué canción quieres ensayar primero?

—¿Cómo vamos a ensayar sin Manny? —repliqué—. ¿De qué serviría?

—He llamado a su casa —dijo Lily—, pero tiene el teléfono averiado. Ni siquiera suena.

—Vamos a su casa a buscarlo —propuse.

—¡Buena idea! —asintió Kristina.

Fuimos todos al vestíbulo a recoger los abrigos, pero Lily propuso otra cosa.

—Iremos Larry y yo —dijo a Kristina—. Tú y Jared quedaos aquí y ensayad. No hace falta que vayamos todos.

—De acuerdo —contestó Jared—. Además, alguien tiene que quedarse aquí por si aparece Manny.

Lily y yo nos pusimos los abrigos y salimos de la casa. Lily no tuvo reparos en atravesar un charco con sus Doc Martens.

—No me gusta nada cuando la nieve comienza a derretirse y se ensucia. Lo único que oyes es el agua que gotea de los árboles y de las casas.

Extendió un brazo para cerrarme el paso y me detuve. Escuchamos en silencio el goteo.

—Es ensordecedor, ¿verdad? —me preguntó Lily sonriendo. El sol se reflejó en sus ojos, uno verde y otro azul.

—Ensordecedor —repetí. Algunas veces Lily era bastante rara. En una ocasión me había dicho que escribía poesías, largas poesías sobre la naturaleza, pero nunca me había enseñado ninguna.

Reanudamos la marcha. Hacía un buen sol. Comencé a sentir calor y me desabroché el abrigo. Vimos la casa de Manny cuando llegamos a la esquina. Manny vive en una casa de ladrillos en lo alto de una colina. Es una colina estupenda para bajar en trineo.

Dos niños se deslizaban por la cuesta montados en unos discos de plástico azul. Descendían muy despacio, porque la nieve estaba muy blanda.

Pasamos junto a ellos y subimos los escalones hasta la puerta. Lily tocó el timbre y yo golpeé con los nudillos.

—¡Eh, Manny, abre! —grité. Nadie contestó. No se oía ningún sonido, aparte del goteo del agua—. ¡Eh, Manny! —Repetimos las llamadas.

—No hay nadie en casa —dijo Lily en voz baja. Y se acercó a una de las ventanas para mirar dentro.

—¿Ves alguna cosa?

—No, nada. El sol se refleja en el cristal. Está todo oscuro.

—No está el coche —comenté. Volví a golpear con todas mis fuerzas. Me sorprendí al ver que la puerta se abría—. ¡Eh, la puerta está abierta! —le avisé a Lily. La abrí un poco más—. ¿Hay alguien en casa? —Silencio—. ¡Eh, la puerta está abierta!

Lily abrió la puerta del todo y entramos en la casa.

—¿Manny? —llamó con las manos alrededor de la boca—. ¿Manny?

Entré en la sala y me quedé de piedra, sin habla. No podía creer lo que veía.

16

Lily me cogió del brazo mientras contemplábamos la sala. La habitación estaba completamente vacía. No había muebles ni cortinas. Ni un cuadro en las paredes. Incluso habían quitado la alfombra, y ahora sólo se veía el suelo de madera oscura.

—¿Dónde habrán ido? —pregunté con voz ahogada.

Lily fue por el pasillo hasta la cocina. También estaba vacía. Había desaparecido todo. Una marca en el suelo señalaba el lugar que había ocupado el frigorífico.

—¡Se han mudado! —exclamó Lily—. ¡No me lo puedo creer!

—Pero ¿por qué Manny no nos dijo nada? —repliqué mientras examinaba la cocina—. ¿Por qué no nos dijo que su familia se mudaba?

Lily sacudió la cabeza como única respuesta. La casa estaba en silencio. Sólo se oía el goteo del agua en los canalones.

—Quizá tuvieron que marcharse con urgencia —dijo Lily.

—¿Así, sin más? ¿Por qué?

Era una pregunta que ninguno de los dos podíamos contestar.

Me encanta correr, aunque no cuando tengo que hacerlo perseguido por una jauría de perros furiosos. Pero me encanta correr. Me gusta oír los latidos acelerados de mi corazón, el ruido que hacen las zapatillas contra el suelo y la sensación de los músculos en movimiento.

Los sábados por la mañana salgo a correr con papá. Él siempre

corre por el bosque Miller, por un sendero que bordea un pequeño lago. Es muy bonito. El aire huele a limpio y es un sitio muy tranquilo.

Papá es alto, delgado y muy atlético. Antes tenía el pelo rubio como yo, pero ahora lo tiene canoso y empieza a ralearle en la coronilla. Sale a correr todas las mañanas antes de ir al trabajo. Corre muy rápido. Sin embargo, los sábados acorta el paso para que podamos ir a la par.

Por lo general corremos en silencio para disfrutar del panorama y del aire fresco, pero esta mañana yo tenía ganas de hablar. Había decidido contárselo todo a mi padre. Hablarle de la botella de INSTA-TAN y del pelo negro en las manos y las rodillas.

Mientras hablaba, mantuve la mirada al frente. Vi a dos cuervos muy grandes que se posaban sobre la rama pelada de un árbol; graznaban como si quisieran decirnos algo. La superficie del lago estaba resplandeciente, y algunas placas de hielo flotaban en el agua verdiazul. Comencé por el principio y le conté toda la historia. Papá acortó el paso un poco más para escucharme, pero no dejamos de correr.

Le conté el descubrimiento de la botella de líquido bronceador y de cómo nos habíamos embadurnado. Papá asintió sin desviar la mirada del sendero.

—Supongo que no dio resultado —dijo, con la respiración un poco agitada por la carrera—. No pareces muy bronceado, Larry.

—No, no dio resultado. La botella era muy vieja, papá. El producto había caducado hacía mucho. —Me armé de valor. Ahora venía la parte más difícil—. No me bronceó, papá, pero entonces comenzó a pasarme algo muy extraño.

Saltamos por encima de una rama. Resbalé al pisar un montón de hojas mojadas, pero no perdí el equilibrio.

—Comenzó a crecerme pelo —añadí con voz temblorosa—. Al principio en el dorso de una mano, después en las dos manos, en el dorso, en la palma, y entre los dedos. Y por último en las rodillas.

Papá se detuvo y me miró con expresión preocupada.

—¿Pelo?

—Pelo negro —le repetí con un jadeo—. Unos mechones de pelo áspero y duro como cerdas.

Papá tragó saliva y abrió los ojos como platos. ¿Sorpresa? ¿Miedo? ¿Incredulidad? No lo sabía. Sorprendentemente, me cogió del brazo y comenzó a tirar como si quisiera arrastrarme.

—Venga, Larry. Tenemos que irnos.

—Pero, papá… —protesté, poco dispuesto a moverme. Entonces tiró más fuerte.

—¡Tenemos que marcharnos! —insistió muy serio—. ¡Ahora mismo!

—Papá, ¿qué pasa? —pregunté con voz chillona—. ¿Qué pasa, papá?

No me contestó. Me llevó por el sendero hasta la calle. Tenía una expresión extraña y estaba un poco pálido, como si tuviera miedo.

—Papá, dime qué pasa. ¿Dónde me llevas? ¿Dónde me llevas?

17

—Date la vuelta, Larry —dijo el doctor Murkin con voz suave mientras levantaba la jeringa—. Sé que no te gusta mirar. Esto no te dolerá.

Sentí el dolor de siempre cuando me clavó la aguja en la carne. Cerré los ojos y contuve la respiración hasta que retiró la aguja.

—Sé que todavía no han pasado las dos semanas, pero ya que estabas aquí decidí aprovechar y evitarte otra visita. —Me frotó el lugar del pinchazo con alcohol.

Papá esperaba sentado en una silla contra la pared de la pequeña sala de consulta. Mantenía los brazos cruzados y se le veía tenso.

—¿Qué pasa con el pelo? —le pregunté al doctor Murkin—. ¿Qué pasa con el bronceador?

—No creo que la loción bronceadora haga crecer el pelo, Larry —me interrumpió el doctor—. Esos productos actúan sobre los pigmentos de la piel…

—¡Pero era una botella muy vieja! —insistí—. Quizá los ingredientes se echaron a perder. —Él movió una mano como diciendo: «Imposible». Después comenzó a escribir unas notas en mi historial.

—Lo siento, Larry —dijo, sin dejar de escribir con su letra menuda—. No es culpa de la loción. Créeme. Te he revisado de pies a cabeza. Has pasado todas las pruebas. Estás muy bien.

—¡Qué alivio! —exclamó papá.

—Pero ¿y el pelo?

—Vamos a esperar un tiempo a ver qué pasa —contestó el doctor Murkin.

—¿Esperar a ver qué pasa? ¿No piensa darme ningún medicamento o algo para que no me vuelva a crecer?

—Quizá no se vuelva a repetir —insistió el doctor Murkin, que no dejaba de mirar a papá. Cerró mi historial y me indicó que bajara de la camilla—. Procura no preocuparte, Larry. —Me alcanzó el abrigo—. Estarás bien.

—Muchas gracias, doctor Murkin —dijo papá. Sonrió al médico, pero vi que era una sonrisa forzada. Papá seguía muy tenso.

Fui con papá hasta el aparcamiento. No hablamos hasta que estuvimos en el coche, de regreso hacia casa.

—¿Te sientes mejor? —preguntó papá, con la mirada atenta al tráfico.

—No —contesté apenado.

—¿Qué te ocurre? —exclamó papá, impaciente—. El doctor Murkin ha dicho que estás bien.

—¿Y qué pasa con el pelo negro? —le pregunté furioso—. ¿Qué pasa con el pelo, eh? ¿Por qué no me dio nada para que no vuelva a crecer? ¿Crees que no me creyó?

—Estoy seguro de que te creyó —contestó papá, con voz suave.

—¡Entonces, por qué no hace algo para ayudarme! —grité.

Papá permaneció en completo silencio durante un buen rato. Miraba la carretera mientras se mordía el labio inferior. Por fin dijo en voz muy baja:

—Algunas veces lo mejor es esperar.

Aquella tarde nos reunimos a ensayar en casa de Lily. Sonábamos bastante bien, pero no era lo mismo sin Manny.

Estábamos todos muy enfadados porque se había marchado sin despedirse. Lily le pidió a su madre que llamara a algunos conocidos que tenían amistad con los padres de Manny. Quería saber dónde habían ido Manny y su familia.

Pero los amigos se mostraron tan sorprendidos como nosotros. No encontramos a nadie que supiera que la familia de Manny se marchaba de la ciudad.

Debo admitir que nuestras canciones sonaban mucho mejor con dos guitarras en vez de tres. Lily tenía una voz muy bonita pero poco potente, así que las tres guitarras casi siempre ahogaban su voz. Ahora, sin Manny se oía a Lily bastante bien.

Yo no conseguía interpretar correctamente la canción de los Beatles: *I Want to Hold Your Hand*. Equivocaba las notas y no acertaba con el ritmo. Sabía cuál era el problema. No dejaba de pensar en el doctor Murkin y en sus razones para no creerme. Según él no había sido el bronceador instantáneo. Pero quizás estaba equivocado. Me sentía furioso y muy solo.

Mientras ensayábamos la canción por enésima vez, miré a mis amigos. ¿Tenían el mismo problema? ¿Les crecían cerdas negras en las manos y en las rodillas, y tenían miedo de decirlo? La primera vez que se lo pregunté, Lily se echó a reír y me llamó «Larry peludo». Pero tenía que preguntar otra vez. No pensaba en otra cosa. Tenía que saber la verdad.

Esperé hasta que acabó el ensayo. Kristina estaba guardando la guitarra en la funda. Jared había ido a buscar una gaseosa a la cocina, y Lily estaba junto al sofá, haciendo girar la moneda de oro entre los dedos.

—Quiero… quiero preguntarte una cosa —le dije, nervioso al ver que Jared entraba en la sala.

Jared abrió la lata y un chorro de gaseosa le mojó la cara. Todos nos reímos.

—¿No sabes abrir una lata de gaseosa? —le preguntó Lily en tono de burla—. ¿Necesitas un libro de instrucciones?

—Ja, ja —replicó Jared, sarcástico, mientras se secaba el rostro con la manga—. Has sacudido las latas expresamente, Lily, para que la gente se manche. Reconócelo.

—Quizá tendrías que tomar zumo en caja, Jared —dijo Kristina, que se partía de risa. Cerró la funda de la guitarra sin hacer caso de Jared, que le sacó la lengua.

—Escuchad, tíos, quiero preguntaros una cosa —insistí. Todos estaban de muy buen humor, sin molestarse por las bromas más o menos pesadas. Todos parecían normales. ¿Por qué era yo el único que estaba preocupado y tenía miedo?—. ¿Recordáis aquel líquido bronceador, el INSTA-TAN? ¿A alguno le ha crecido pelo desde que

nos lo pusimos? —Noté que me ruborizaba—. ¿Mechones de pelo negro y duro como cerdas?

Jared soltó una carcajada y se le atragantó la gaseosa. Kristina se acercó a él y comenzó a darle palmadas en la espalda.

—¡Larry peludo! —gritó Jared en cuanto recuperó la respiración. Me señaló con la lata y comenzó a cantar—: ¡Larry peludo! ¡Larry peludo!

—¡Venga, tíos! —rogué—. ¡Va en serio!

Eso provocó más carcajadas de Kristina y Jared. Me volví hacia Lily, que no se había apartado del sofá. Tenía una expresión preocupada. No se sumó a las risas. Dirigió la mirada al suelo para no mirarme a la cara.

—¡Larry es un hombre lobo! —afirmó Jared.

—¡Espero que los Gamberros no tengan que tocar si hay luna llena! —exclamó Kristina.

—¡Quizás el aullido de Larry suena mejor que su modo de tocar la guitarra! —dijo Jared. Los dos se rieron.

—¡Só… sólo era una broma! —tartamudeé.

«Trágame, tierra. Soy el único. Soy el único al que le crece pelo». Por eso a Jared y a Kristina les resultaba tan divertido. A ellos no les pasaba. No tenían ningún motivo para preocuparse.

Pero Lily no se sumó a las burlas. Se dio la vuelta y comenzó a recoger las partituras dispersas por el suelo y a ordenar la habitación. Lily siempre era la primera en provocarme para que me pusiera colorado. La miré mientras me preguntaba si esta vez compartía mi secreto.

Recogí mi guitarra y esperé a que Jared y Kristina se marcharan. Entonces me puse el abrigo y la gorra y seguí a Lily hasta la puerta. En el momento de salir, me giré hacia ella.

—Lily, dime la verdad —insistí, con la mirada fija en su rostro —. ¿Te ha crecido pelo negro en las manos y las rodillas? —Vi que se mordía el labio inferior, sumida en un mar de dudas.

—No… no quiero hablar de eso —contestó en voz muy baja y me cerró la puerta en las narices.

No me moví de los escalones de la entrada. Su expresión preocupada no se borraba de mi mente. Oía su respuesta en voz baja. ¿También le pasaba a Lily? En tal caso, ¿por qué no lo

admitía? ¿También a ella le daba vergüenza, o se avergonzaba de mí? «Quizás a ella no le sucede —pensé—. Quizá sólo piensa que estoy loco. Quizá le da pena ver que me comporto como un imbécil».

Sin saber qué hacer, me dirigí a la calle. El sol todavía estaba alto, pero un viento helado me azotó el rostro cuando emprendí el camino hacia casa. Inclinado contra el viento, intenté encasquetarme la gorra para que no me volara, pero no pude. Me quedé alucinando. La gorra me iba apretada, muy apretada.

Me la quité para ver si alguien había corrido la hebilla para ajustarla. No. Un sudor frío me corrió por la espalda mientras me llevaba la mano a la frente. Entonces descubrí por qué no podía encasquetarme la gorra: tenía la frente cubierta de pelo negro.

18

—¡Mamá, mira esto! —grité mientras entraba en la cocina como una tromba—. ¡Fíjate en mi cabeza! —Miré a mi alrededor—. ¿Mamá?

No estaba allí. Recorrí toda la casa, llamándola a gritos. Había llegado el momento de mostrar a mis padres lo que me sucedía. Era el momento de presentarles pruebas concretas para que vieran que no mentía. El mechón de pelo los dejaría boquiabiertos, les haría comprender que esto iba en serio.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Hay alguien en casa?

No.

Cuando volví a la cocina encontré una nota enganchada en la puerta del frigorífico: «Hemos ido de compras a Brookesdale Village. Volveremos tarde. Prepárate algo de cena».

Arrojé la gorra al otro lado de la cocina, enfadado. Después me quité el abrigo y lo dejé caer al suelo. Fui al vestíbulo para mirarme en el espejo. ¡Parecía un mutante de cómic! Estaba tan pálido como siempre pero tenía una franja de pelo negro por toda la frente. Pensé avergonzado que era como si llevara un pañuelo, o una de esas cintas elásticas que usan los tenistas y esquiadores, con la diferencia de que ésta estaba hecha de pelo. Me pasé la mano por el pelo negro.

Me entraron ganas de llorar y gritar de rabia al mismo tiempo. Me entraron ganas de coger el pelo y arrancarlo de raíz. No soportaba mirarme. El pelo me resultaba repugnante.

Decidí que no podía esperar a que papá y mamá regresaran a

casa. No podía aguantar más tiempo el pelo en la frente. Di media vuelta y subí las escaleras para ir al cuarto de baño.

Cogí una buena cantidad de espuma de afeitar y me la froté en la frente. Después comencé a afeitarme con la navaja de mi padre. Me dolía, pero no me importaba. Tenía que cortar todos los pelos hasta que no quedara ni uno.

Mientras miraba cómo caían en el lavabo, comprendí lo que debía hacer. Tenía que buscar la botella de INSTA-TAN, y cuando la hubiera encontrado, llevársela al doctor Murkin.

«Si les llevo la botella, conseguiré que me crean», me dije. El doctor Murkin mandaría analizar el producto para saber por qué hacía crecer el pelo. Entonces, el doctor encontraría el remedio. Pero ¿dónde habíamos tirado la botella? Cerré los ojos para concentrarme y recordar.

Después de encontrar la botella, todos fuimos a casa de Lily para untarnos y luego salimos a jugar en la nieve. ¿Habíamos lanzado la botella al contenedor de la casa vecina? Tenía que averiguarlo.

Escribí una nota para mis padres avisándoles de que había ido a casa de Lily a buscar una cosa y que no tardaría en volver. Cogí el abrigo y salí de casa.

Hacía mucho más frío que antes. El cielo estaba encapotado. Me abroché el abrigo y me subí la capucha. Todavía me picaba la frente por el roce de la navaja. Las tres manzanas hasta la casa de Lily me parecieron tres kilómetros. Al dar la vuelta a la esquina, divisé la casa.

No quería que Lily me viera. Si me descubría revolviendo en el contenedor de basura querría saber el motivo. Yo no estaba preparado para contarle toda la historia. Además ella no me había querido decir nada, pensé resentido, y en cambio me había dado con la puerta en las narices.

Fue un alivio que estuviera tan oscuro. Quizá Lily no me viese. No desvié la mirada de su casa mientras me acercaba. Estaban encendidas las luces del comedor. Quizás habían decidido cenar temprano.

Pensé: «Bueno, escarbaré en la basura, sacaré la botella, y me marcharé antes de que acaben de cenar, antes de que nadie tenga ocasión de mirar por la ventana». Pero me quedé de piedra al

descubrir un problema que no había previsto: el contenedor no estaba, se lo habían llevado los basureros. Dejé escapar un largo suspiro y casi caí de rodillas.

—¿Y ahora qué? —dije en voz alta. ¿Cómo podía demostrarle al doctor Murkin que el INSTA-TAN era el culpable de que me creciera pelo?

El viento helado me envolvió en uno de sus remolinos mientras yo miraba el lugar donde había estado el contenedor. Un montón de hojas secas arrastradas por el viento se me pegaron a las piernas. Me estremecí. Ya estaba a punto de marcharme cuando de pronto recordé una cosa. La botella de INSTA-TAN. No la habíamos echado de nuevo en el contenedor. La habíamos tirado en el bosque, al otro lado de la casa del vecino.

—¡Sí! —grité feliz—. ¡Sí!

Nos habíamos perseguido unos a otros por el jardín del vecino y yo había lanzado la botella entre los árboles. «Todavía estará allí —pensé—. Tiene que estar allí».

Al pasar corriendo por delante de la casa de Lily eché una ojeada a las ventanas, pero no vi a nadie. La casa del vecino seguía vacía y a oscuras. Todavía no habían acabado las reformas.

Entré en el bosque. Resultaba difícil caminar sobre las hojas mojadas. Las ramas de los árboles crujían sacudidas por el viento. ¿Dónde habría caído la botella? Recordé que no había ido muy lejos. Apenas un poco más allá de los primeros árboles. Tenía que estar muy cerca, a unos metros de donde me encontraba.

Las sombras eran cada vez más oscuras. Solté un puntapié a un montón de hojas muertas. El zapato chocó contra algo duro. Sin perder ni un segundo me agaché para buscar entre las hojas. Sólo era una rama.

Avancé un poco más entre la maleza del bosque. Me detuve. Sabía que el frasco estaba por aquí. Miré a uno y otro lado. Allí estaba. No. Era una piedra. La aparté con el zapato. Después di una vuelta completa sin desviar la mirada del suelo.

¿Dónde estaba la botella? ¿Dónde? Contuve el aliento al oír un sonido. El ruido de una rama. Escuché con atención. Escuché el crujido de las hojas, el roce de una pierna contra un arbusto seco. Otra rama. No estaba solo…

—¿Quién está ahí? —grité.

19

—¿Quién está ahí? —Nadie contestó. Me quedé inmóvil como una estatua, escuchando. Oí unas pisadas que avanzaban muy rápido y una respiración fuerte—. Eh, ¿quién es? —grité.

En ese instante miré al suelo y vi la botella delante de mí, apoyada en un montón de hojas. Me agaché para recogerla con las dos manos, pero me incorporé en el acto, muerto de miedo, al ver una silueta oscura entre los árboles.

Aquel ser jadeaba con la lengua fuera. Era un perro de pelaje marrón, bastante alto. Incluso en la penumbra, vi que tenía el pelo largo y enredado, lleno de espinas de las matas que se le habían enganchado. Di un paso atrás.

—¿Estás solo? —susurré asustado—. Eh, perrito, ¿estás solo?

El animal agachó la cabeza y lanzó un gemido.

Miré hacia los árboles en busca de más perros. ¿Formaba parte de una jauría? ¿Era de la jauría de perros que me perseguía? No vi señal alguna de los demás.

—Perrito bueno —le dije en voz baja y tranquila—. Perrito bueno. —Me miró, todavía jadeando. Meneó la cola un par de veces y después la bajó. Yo me agaché sin apartar la mirada del animal y recogí la botella. Estaba helada. La mantuve en alto delante de los ojos para ver si aún contenía un poco de líquido, pero estaba demasiado oscuro para ver nada.

«Estoy seguro de que no lo acabé todo», pensé mientras hacía un esfuerzo por recordar. Sin duda, todavía quedaban algunas gotas. Las suficientes para que el doctor Murkin pudiera analizarlas.

Sacudí la botella junto a la oreja para escuchar el chapoteo del líquido, si es que quedaba. «Por favor, por favor, que quede una gota», supliqué. Una ráfaga de viento sacudió los árboles. El rumor de las hojas resonó en la oscuridad. El perro volvió a gemir. Sujeté la botella en la mano derecha y comencé a alejarme.

—Adiós, perrito. —El perro ladeó la cabeza y me miró. Di otro paso—. Adiós, perrito —repetí—. Vete a casa, vete a casa, perrito.

No se movió, pero comenzó a mover la cola mientras soltaba otro gemido.

Continué retrocediendo con la botella de INSTA-TAN bien agarrada. Entonces, cuando comenzaba a dar la vuelta, vi a los demás. Aparecieron entre las sombras. Cinco o seis perros grandes, con los ojos brillantes. Después cinco o seis más. Avanzaban deprisa, y a los pocos segundos oí los gruñidos y vi los colmillos.

Me quedé paralizado por el miedo. Durante unos momentos no hice más que mirar los ojos que brillaban en la oscuridad y escuchar los gruñidos amenazadores. Entonces me di la vuelta y eché a correr.

—¡Ay! —grité a voz en cuello cuando tropecé con la raíz de un árbol. La botella voló de mi mano. Intenté cogerla mientras caía, pero fallé. Vi horrorizado cómo la botella chocaba contra una piedra puntiaguda y se rompía. Los trozos saltaron por todas partes. Un diminuto charco de líquido marrón mojó la piedra.

Aterricé sobre los codos y las rodillas. Sentí un dolor tremendo pero no le hice caso y me levanté de un salto. Me volví para hacer frente a los perros, pero vi aliviado que se apresuraban en otra dirección. Descubrí un conejo que corría desesperado entre la hojarasca de los árboles para escapar de los perros hambrientos.

Me dolían los codos y las rodillas, pero caminé hasta la piedra para mirar los trozos de la botella. Recogí uno y lo observé atentamente.

—¿Y ahora qué hago? —me pregunté en voz alta. La única respuesta fue el eco de los ladridos a lo lejos—. ¿Y ahora qué?

La botella se había hecho añicos. No tenía ninguna prueba, nada para enseñarle al doctor Murkin, nada de nada. Arrojé furioso el trozo de botella entre los árboles y emprendí el camino de regreso a casa.

Mamá y papá se marcharon después de cenar. Tenían una reunión en la escuela. Yo volví a mi habitación para hacer los deberes. No tenía ganas de estar solo.

Cogí a *Jasper* y le hice mimos durante un rato, pero la gata no estaba de humor. Me miró enfadada con sus grandes ojos amarillos. Al ver que eso no funcionaba, me arañó la mano, dio un salto y salió de la habitación.

Llamé a Lily, pero no contestó nadie. El viento soplaba con tanta fuerza que sacudía las ventanas de mi cuarto. Un temblor me recorrió la espalda. Apoyé los codos sobre la mesa dispuesto a leer la lección del día siguiente, pero no podía concentrarme. Las palabras de las páginas eran manchas grises.

Abandoné el libro, crucé la habitación y recogí la guitarra. Después la conecté al amplificador. Muchas veces, cuando estoy nervioso o enfadado, toco la guitarra durante un rato. Eso siempre me tranquiliza.

Puse el amplificador a tope y comencé a tocar un blues. No había nadie más en casa, nadie que me dijera que bajase el volumen. Quería tocar lo más alto que pudiera, para no escuchar mis pensamientos.

Cuando sólo llevaba tocando tres o cuatro minutos me di cuenta de que algo iba mal. Equivocaba las notas. No acertaba con las cuerdas. «¿Qué pasa?», me pregunté. Había interpretado esta pieza mil veces. Era capaz de tocarla dormido. Cuando me miré los dedos, descubrí la causa.

—¡Ah! —gemí desesperado. Me había vuelto a crecer el pelo en las dos manos. Tenía los dedos cubiertos de pelo negro. Miré las palmas. También aparecían cubiertas de pelo. La guitarra cayó al suelo cuando me levanté de un salto.

Sentí un intenso picor en los brazos. Desabroché con manos temblorosas los puños y me subí las mangas. ¡Los brazos también los tenía cubiertos de pelo! Las cerdas negras me cubrían las manos y los brazos. Me temblaban las piernas y me sentía sin fuerzas.

De pronto noté la boca seca. Me dolía la garganta. Intenté tragar. ¿Me había salido pelo en la lengua? A duras penas pude contener las náuseas cuando eché a correr hacia el baño. Encendí la luz y me incliné sobre el lavabo. Acerqué la cara al espejo y saqué

la lengua.

No. Mi lengua estaba como siempre, pero tenía las mejillas y la barbilla cubiertas de pelo. ¡Crecía a toda prisa! El espejo reflejó mi expresión horrorizada. El pelo se extendía por todas partes.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer?

20

El lunes por la mañana llegué temprano a la escuela y esperé a Lily ante las taquillas. Había tardado horas en afeitarme el pelo de la cara, las manos y los brazos, pero lo había conseguido.

Esta mañana llevaba un suéter con las mangas muy largas y una gorra de béisbol bien encasquetada como medida de precaución ante la posibilidad de que me volviera a crecer el pelo durante el día.

—¿Dónde estás, Lily? —susurré impaciente. Me paseé arriba y abajo delante de la hilera de taquillas verdes.

«Lily y yo tenemos que enfrentarnos juntos a este problema», me dije. Recordé la expresión asustada de mi amiga cuando le pregunté si a ella también le había crecido pelo.

Sabía que a Lily también le pasaba, estaba seguro. Y también sabía que ella debía de estar tan avergonzada como yo, demasiado avergonzada para reconocerlo, para hablar del asunto. Pero entre los dos podríamos decidir qué hacer. Si íbamos juntos a ver al doctor Murkin y le hablábamos del INSTA-TAN y la aparición del pelo, tendría que creernos.

Pero ¿dónde estaba Lily? Los chicos llegaban al vestíbulo y abrían las taquillas para recoger sus cosas sin dejar de charlar y reír. Miré mi reloj. Sólo faltaban tres minutos para que sonara la campana.

—¿Cómo estás, Larry? —dijo una voz.

Me di la vuelta y vi a Howie Hurwin, que me sonreía. Estaba en compañía de su hermana Marissa. A ésta se le había enganchado la

trenza de su cabello en la hebilla de la mochila y se esforzaba por soltarla.

—Eh, hola, Howie —respondí resignado. ¡Era la última persona que quería ver en ese momento!

—¿Preparado para mañana? —preguntó Howie. ¿Por qué tenía que sonreír así cuando hablaba? Cada vez que veía esa sonrisa me entraban ganas de darle un puñetazo.

—¿Mañana? —repliqué mientras buscaba a Lily entre la muchedumbre.

—¿Te has olvidado de la batalla musical? —Howie se rió.

—¡Ay! —exclamó Marissa, que por fin había conseguido soltarse la trenza—. ¿Va a participar tu grupo? Nos han dicho que Manny se ha marchado.

—Sí, allí estaremos —le contesté—. Sonamos muy bien.

—¡Nosotros también! —afirmó Howie con una sonrisa todavía más amplia—. Quizá salgamos en la tele. Mi tío conoce a una mujer que trabaja en «Buscando estrellas». Cree que quizá nos pueda presentar en el programa.

—Qué bien —dije sin ningún entusiasmo. ¿Dónde estaba Lily?

—Si aparecemos en ese programa, estoy segura de que ganaremos —dijo Marissa mientras se arreglaba la trenza—. Entonces seremos famosos.

—Nos han pedido que toquemos en el próximo baile de la escuela —añadió Howie—. ¿Os lo han pedido a vosotros también?

—No, nadie nos lo ha pedido. —Mi respuesta sólo sirvió para que Howie sonriera de oreja a oreja.

—Mala suerte.

—Tengo que irme —dije al oír la campana, y me alejé.

—¡Nos veremos mañana en el concurso! —me gritó Marissa.

—Nosotros actuamos primero —añadió Howie—. ¡Siempre ponen primero a los mejores!

Todavía oía sus carcajadas cuando entré en la clase. Me dirigí a mi asiento mientras buscaba a Lily con la mirada. ¿Habría entrado mientras yo hablaba con Howie y Marissa? No, no estaba.

Me desplomé en mi asiento, muy desanimado. ¿Estaría enferma? Esperaba que no. No podía ponerse enferma el día antes de la batalla musical. No era justo, me dije.

—Larry, ¿quieres repartir las hojas de las pruebas? —me preguntó la señorita Shindling mientras depositaba un montón de hojas sobre mi pupitre.

—¿Eh? ¿Las pruebas?

Me había olvidado totalmente de que teníamos un examen.

Lily no vino a la escuela. La llamé al mediodía. El teléfono sonó un buen rato pero nadie lo cogió.

Al salir de la escuela, decidí ir a casa de Lily para averiguar qué le había pasado, pero entonces recordé que mi madre me había pedido que regresara a casa directamente. Tenía que ayudarla en algunas tareas.

El día era claro y frío. Había unas pocas nubes blancas muy altas en el cielo azul. La nieve se había derretido, pero la tierra estaba empapada. Esperé que pasaran unos cuantos coches antes de cruzar la calle en dirección a casa. Había caminado casi una manzana cuando me di cuenta de que me seguían.

Un perro me rozó la pierna. Me detuve para mirarlo, sorprendido. El perro tenía el pelo castaño claro, casi rojizo, y una mancha blanca en el pecho. Era de tamaño mediano, un poco más grande que un cocker spaniel. Tenía las orejas largas y caídas, como la cola. La movió un par de veces.

—¿Quién eres? —le pregunté—. No te había visto nunca.

Eché una ojeada para asegurarme de que no había otra docena de perros agazapados entre los arbustos, dispuestos a perseguirme. Después reanudé la marcha.

El perro volvió a rozarme la pierna y se adelantó. Se mantuvo unos metros delante de mí, y de vez en cuando volvía la cabeza para vigilarme.

—¿Me sigues tú a mí o te sigo yo a ti? —le grité. El perro movió la cola como única respuesta y me acompañó todo el camino hasta casa. Mamá me esperaba en la entrada. Llevaba un suéter verde largo y tejanos.

—Bonito día —comentó.

—Hola, mamá. Este perro me ha seguido hasta casa.

El animal olisqueó entre los arbustos que bordeaban el camino.

—Es una perra y es bonita —dijo mamá—. Tiene un color de pelo precioso. ¿De quién es?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. No la había visto antes. —La perra se acercó para mirar a mamá—. Al menos es amistosa —añadí mientras dejaba la mochila en el suelo—. Podríamos quedárnosla.

—Ni hablar —replicó mamá tajante—. Nada de perros, con *Jasper* en casa.

Me puse en cuclillas para acariciar la cabeza de la perra.

—Lleva una placa en el collar —dijo mamá—. Mira qué pone, Larry. Quizá figure el nombre del dueño.

—Buena chica —murmuré al ver cómo la perra movía la cola entusiasmada por las caricias.

—Venga, Larry. Mira qué pone en la placa —insistió mamá.

—Vale, ahora voy —Tuve que arrodillarme en el suelo para ver con claridad qué ponía en el collar—. ¿Eh?

La reconocí al instante. No era una placa, era la moneda de oro pirata de Lily.

21

Casi me caigo al suelo. Fue como si me hubieran dado un puntapié en el estómago.

—¡Ma… mamá! —tartamudeé, pero mi voz sonó como un jadeo.

—¿Qué haces, Larry? —me preguntó mamá. Se había alejado unos metros para arrancar unas hierbas secas al lado del camino—. ¿Qué pone la placa?

—No es una placa —le respondí con esfuerzo.

—¿Qué? —Mamá me miró.

—No es una placa —repetí, sin soltarla—. Es la moneda de oro pirata de Lily.

—¿Por qué iba a dar Lily su moneda a un perro? —dijo mamá riendo—. ¿No se la había regalado su abuelo?

—No lo sé, mamá. No lo entiendo.

El aliento cálido de la perra me acarició la mano. El animal se apartó y comenzó a rascarse una de las orejas con la pata trasera.

—¿Estás seguro de que es una moneda de oro, Larry? —preguntó mamá, que cruzó el camino para situarse a mis espaldas.

Yo asentí mientras volvía a coger la moneda.

—Sí, mamá, es la moneda de Lily.

—Tiene que ser otra moneda —comentó mamá—. Estoy segura de que no es la misma moneda.

Pensé que mamá tenía razón. Solté la moneda y levanté la mano para acariciar la cabeza de la perra, pero me detuve cuando vi los ojos del animal. Uno era verde y el otro azul.

22

—¡Es Lily! ¡Es Lily! —grité mientras me levantaba de un salto. Mis gritos asustaron a la perra, que soltó un ladrido agudo y salió corriendo—. ¡Lily, vuelve! ¡Vuelve, Lily!

—¡Espera, Larry! —gritó mamá—. ¡Por favor…!

No escuché el resto de la frase. Salté por encima de la mochila y corrí hacia la calle. Crucé sin mirar si venían coches y seguí corriendo hacia la casa de Lily.

«¡Es Lily! —pensé—. La perra tiene un ojo verde y el otro azul, y lleva la moneda de Lily. ¡Es ella, estoy seguro!». Oí los gritos de mi madre, que me llamaba, pero no le hice caso y seguí corriendo.

La casa de Lily estaba a tres manzanas de la mía, y recorrí el camino a toda velocidad.

Cuando vi la casa, me faltaba el aire y sentía un dolor agudo en el costado, pero no me importaba.

Tenía que ver a Lily. Necesitaba saber con seguridad que la perra no era Lily. ¡Vaya idea más estúpida! Mientras cruzaba la calle me di cuenta de que era una soberana estupidez. «¿Larry, te has vuelto idiota? —me pregunté—. Mamá debe de pensar que te has vuelto loco. ¿Lily convertida en perro?». Aminoré el paso y me hice un masaje en el costado para aliviar el dolor.

Vi a los padres de Lily en el camino de la casa. El maletero del Chevy azul estaba abierto. El señor Vonn se disponía a cargar una maleta.

—¡Eh, hola! —grité casi sin aliento—. ¡Eh, hola!

—Hola, Larry —dijo la señora Vonn cuando me acerqué al

coche. Vi otras dos maletas y varios bultos pequeños preparados para cargar en el maletero.

—¿Se marchan de viaje? —pregunté mientras intentaba recuperar el aliento. El dolor en el costado me hacía sufrir muchísimo.

No me respondieron. El señor Vonn soltó un gruñido por el esfuerzo de levantar la maleta y meterla en el maletero.

—¿Dónde está Lily? —volví a preguntar. Le alcancé uno de los bultos pequeños—. Hoy no ha ido a la escuela.

—Nos marchamos —dijo en voz baja la señora Vonn a mis espaldas.

—Vale, pero ¿dónde está Lily? —repetí—. ¿Está dentro?

El señor Vonn frunció el entrecejo, pero no contestó. Me di la vuelta para mirar a la madre de Lily.

—¿Puedo verla? —pregunté impaciente—. ¿Está dentro?

—Sin duda te equivocas de casa —respondió ella, sin alzar la voz.

—¿Que me equivoco de casa? —La miré atónito—. ¿A qué se refiere, señora Vonn?

—Aquí no hay nadie que se llame Lily.

23

No sé por qué, pero me eché a reír. Una risa de susto, de miedo. La expresión triste de la señora Vonn me hizo callar. Me estremecí.

—¿Está Lily…? —No pude seguir porque la señora Vonn me sujetó por el hombro y me lo apretó mientras acercaba su cara a la mía.

—Escucha lo que te digo, Larry.

—Pero… pero… —tartamudeé.

—No hay ninguna Lily —repitió. Me apretaba el hombro con tanta fuerza que me hacía daño—. Olvídate de ella —dijo con lágrimas en los ojos.

El señor Vonn cerró el maletero de un golpe. Yo me libré de la mano de la señora Vonn, asustado.

—Será mejor que te vayas —sugirió el señor Vonn con voz firme mientras se acercaba a su esposa.

—Pero, Lily… —comencé a decir al tiempo que daba un paso atrás. Sentía las piernas temblorosas y sin fuerza.

—Será mejor que te vayas —repitió el señor Vonn.

Vi a la perra color marrón rojizo junto al garaje. Gemía apenada, con la cabeza gacha. Di media vuelta y eché a correr.

Mamá y papá se comportaron de forma muy extraña durante la cena. Se negaron a hablar de Lily, de la perra o de los padres de Lily. Mis padres no dejaban de intercambiar miradas que supuestamente yo no debería notar.

«Creen que estoy loco —pensé—. Por eso no quieren hablar del asunto. Creen que alucino. No me quieren decir nada hasta que hayan decidido qué hacer conmigo».

—¡No estoy loco! —grité de pronto mientras arrojaba los cubiertos sobre la mesa. No había probado los espaguetis ni las albóndigas. ¿Cómo podía comer?—. ¡No estoy loco! ¡No me lo estoy inventando!

—¿No podemos hablar de esto en otro momento? —suplicó mamá.

—Acabemos de cenar —añadió papá, sin apartar la mirada del plato.

Después de cenar llamé a Jared y a Kristina. Quería que vinieran a casa para darles la mala noticia. Sólo les dije que Lily se había marchado. No quería que pensaran que estaba loco.

—Pero ¿qué haremos mañana? —gritó Jared.

—Sí, ¿qué me dices de la batalla musical? —preguntó Kristina—. ¿Cómo es posible que Lily se haya ido el día antes del concurso?

Me encogí de hombros. Estábamos sentados en la sala. Kristina y yo en los extremos del sofá, y Jared despatarrado en un sillón. *Jasper* se posó a mis pies. La recogí y la puse sobre la falda. Me miró por un instante con sus ojos amarillos, y después se acomodó con un ronroneo de placer.

—¿Dónde se ha ido Lily? —insistió Kristina enfadada, tamborileando con las puntas de los dedos en el brazo del sofá—. ¿De vacaciones? ¿Por qué no nos avisó de que no estaría para el concurso?

—Howie Hurwin saltará de alegría cuando se lo digan —murmuró Jared tristemente.

—No sé dónde se ha ido Lily —les dije—. He visto a sus padres cargando las maletas en el coche. Ya se han marchado. Es lo único que sé. Estoy seguro de que Lily está muy triste. Sé que quería estar con nosotros. No creo que le dejaran escoger.

Sentí una necesidad súbita de contarles todo lo que había pasado, pero no quería que se rieran de mí, o que se preocupasen por mí. Me sentía muy confuso. No sabía qué hacer. Quería que regresara Lily, y también Manny. Eso sí lo tenía claro. Y quería que el horrible pelo negro dejase de crecerme por todo el cuerpo. Ojalá

no hubiera encontrado nunca la botella de INSTA-TAN. Todo esto era culpa mía. Todo.

—Así que creo que los Gamberros tendrán que retirarse del concurso de mañana —manifesté desconsolado.

—Yo también lo creo —afirmó Jared, sacudiendo la cabeza.

—¡Ni hablar! —gritó Kristina, sorprendiéndonos a todos. Se levantó y apretó los puños con gesto decidido—. ¡Ni hablar! —repitió.

—Pero no tenemos cantante —protestó Jared.

—Cantaré yo —replicó Kristina. Canto muy bien.

—Pero no has ensayado ninguna de las canciones —dijo Jared—. ¿Conoces las letras?

—Todas.

—Kristina, escucha… —comencé pero ella me interrumpió.

—Eh, tíos —dijo muy seria—, mañana tenemos que salir al escenario. Aunque sólo seamos nosotros tres. No podemos permitir que gane Howie.

—Me encantaría borrar esa sonrisa de la cara de Howie —murmuré.

—A mí también —afirmó Jared—. Pero ¿cómo, con dos guitarras y un teclado? Howie tiene el grupo completo. Nos barrerá del escenario.

—¡No si nos entregamos a fondo! —exclamó Kristina, muy emocionada—. ¡No si damos lo mejor de nosotros!

—¡Lo haremos por Lily! —dije sin pensar. Las palabras se me escaparon de la boca. En cuanto las hube dicho, sentí vergüenza. Pero Kristina y Jared se sumaron entusiasmados a la propuesta.

—¡Lo haremos por Lily! —gritaron a coro—. ¡Podemos ganar! ¡Ganaremos! ¡Vamos a ganar por Lily!

Quedó decidido. Los Gamberros subiríamos al escenario al día siguiente por la tarde. ¿Ganaríamos? ¿Seríamos capaces de vencer a Howie y los Gritones? Probablemente no, pero lo intentaríamos con toda el alma.

—Vamos a mi habitación y ensayaremos un rato —sugerí.

Jared caminó hacia la escalera, pero Kristina no se movió. Me di la vuelta y vi que me miraba horrorizada.

—¡Larry! —gritó al tiempo que señalaba—. ¿Qué tienes en la

frente?

24

Solté una exclamación de horror. Mi mano voló hacia la frente. Estaba seguro de que había vuelto a crecer el repugnante pelo negro.

Ahora Kristina y Jared conocían mi secreto. Los dos lo habían visto, habían visto que me estaba convirtiendo en un monstruo peludo.

Me temblaba la mano cuando la pasé por la frente. Limpia. ¡Tenía la frente limpia!

—Está ahí —me indicó Kristina.

Corrí al vestíbulo para mirarme en el espejo. Descubrí una mancha naranja casi en la sien derecha.

—¡Es salsa de tomate! —protesté—. He debido de mancharme mientras cenaba.

Me limpié la mancha. Temblaba como un flan. ¡Kristina me había dado un susto de muerte! ¡Todo por una estúpida mancha de salsa de tomate!

—Larry, ¿estás bien? —preguntó Kristina, que me miraba en el espejo—. No tienes buena cara.

—Estoy bien —contesté al instante, mientras hacía un esfuerzo para controlar los temblores.

—Eh, ni se te ocurra ponerte enfermo —me advirtió Jared—. Kristina y yo no podemos subir solos al escenario.

—Estaré allí —les dije—. No os preocupéis, tíos. Estaré allí.

A la tarde siguiente, la escuela en pleno abarrotaba el auditorio para presenciar la batalla musical.

Muy nervioso, permanecí entre bastidores para espiar por una esquina del telón. Todas las luces estaban encendidas, y el señor Fosburg, el director, estaba en el escenario con los brazos en alto para pedir silencio.

A mis espaldas, Howie Hurwin y su grupo afinaban los instrumentos y ajustaban el volumen de los amplificadores para asegurarse de que el sonido era el correcto. Marissa vestía una minifalda roja brillante y mallas negras. Me pilló mirándola y me dirigió una sonrisa presuntuosa.

Al ver a Marissa, caí en la cuenta de que los Gamberros hubiéramos debido vestirnos para la ocasión. Ni siquiera se nos había ocurrido. Los tres íbamos vestidos con camisetas y vaqueros, las mismas prendas que usábamos para ir al colegio.

Me di la vuelta para mirar el nuevo sintetizador de Howie. Era larguísimo y tenía mil botones y diales. En comparación, el teclado de Jared parecía un juguete.

—Fantástico, ¿no te parece? —me gritó Howie con su sonrisa habitual—. Oye, Larry, cuando hayamos ganado el concurso, si quieres te firmaré un autógrafo.

Howie soltó una carcajada. Marissa y los demás del grupo se sumaron a las risas. Yo me marché para reunirme con Kristina y Jared a un lado del escenario.

—Estamos perdidos —gemí desconsolado.

—Una actitud muy positiva, Larry —replicó Jared, sarcástico.

—Ojalá se le fundan todos los cables al sintetizador de Howie —dije—. Sería nuestra única oportunidad para ganar.

—No pueden ser tan buenos —afirmó Kristina. Estaba en un error.

Se apagaron las luces del auditorio. Corrieron el telón, y Howie y los Gritones aparecieron iluminados por los reflectores rojos y azules. La primera pieza fue una vieja canción de Chuck Berry: *Johnny B. Goode*.

Sonaban de maravilla y tenían un aspecto fabuloso. El vestido de Marissa resplandecía con los focos. Habían ensayado unos cuantos pasos de baile, y los ejecutaban al tiempo que tocaban.

«Nosotros también hubiéramos tenido que hacerlo —me reproché—. Cuando salgamos, nos quedaremos allí quietos como tres papanatas».

Los chicos del público estaban como locos. Se habían puesto de pie y aplaudían mientras bailaban. Lo mismo ocurrió con las cuatro canciones del grupo. Cada pieza sonaba más fuerte y era más rápida que la anterior. El viejo auditorio se sacudía de tal modo que pensé que el suelo se hundiría. Entonces, cuando Howie, Marissa y los demás salieron a saludar, el público comenzó a gritar: «¡Otra! ¡Otra!».

Así que Howie y los Gritones interpretaron dos canciones más. Kristina, Jared y yo nos mirábamos nerviosos mientras ellos tocaban. ¡No nos ayudaba mucho a mantener la moral!

Por fin, Howie y Marissa hicieron unas cuantas reverencias más y se retiraron del escenario, con los puños en alto como señal de triunfo.

—¡Ahora te toca a ti! —me gritó Howie cuando pasó a mi lado. Sonrió mientras preguntaba—: Eh, Larry, ¿dónde está el resto de tu grupo?

Me disponía a darle una respuesta airada pero Jared me pegó un empujón y los tres avanzamos con paso vacilante hacia el escenario. Me agaché para enchufar la guitarra en el amplificador. Jared ajustó el nivel de sonido de su pequeño teclado.

Habían apartado el sintetizador gigante de Howie al fondo del escenario. La máquina parecía un testimonio de lo bien y lo fuerte que habían sonado los Gritones.

Kristina permaneció tensa delante del micrófono, con los brazos cruzados sobre el pecho. Yo interpreté algunos acordes para probar el nivel del amplificador. Tenía las manos frías y pegajosas. Los dedos resbalaban sobre las cuerdas. El público hablaba a gritos y se reía, todos esperaban inquietos que empezáramos nuestra actuación.

—¿Listos? —les susurré a Jared y Kristina—. Primero tocaremos *I Want to Hold Your Hand*, y después una canción de los Rolling Stones.

Los dos asintieron. Yo inspiré con fuerza y apoyé las manos sobre las cuerdas. Jared se inclinó sobre el teclado. Kristina se

colocó ante el micrófono con las manos en los bolsillos.

Comenzamos vacilantes con la canción de los Beatles. En ésta cantábamos los tres. Mi guitarra sonaba demasiado fuerte y ahogaba nuestras voces. Yo quería interrumpir y ajustar el volumen del amplificador, pero desde luego era imposible.

El público permaneció sentado, escuchando en silencio. Nadie se levantó ni se puso a bailar. Aplaudieron con fuerza cuando acabamos la canción, pero fue un aplauso cortés. No hubo gritos de entusiasmo.

«Al menos hemos conseguido acabar», me dije mientras me secaba las manos sudorosas en las perneras de los tejanos. Me adelanté cuando empezamos la canción de los Rolling Stones. En esta pieza yo ejecutaba un solo muy largo. Deseé con toda el alma no estropearlo.

Hice una seña a Jared y Kristina. Kristina sujetó el micrófono con las dos manos y se lo acercó a la boca. Jared interpretó los primeros acordes en el teclado para darme la entrada.

Yo inicié el solo. Muy mal. Fallé el primer acorde. Se me desbocó el corazón. Tenía la boca tan seca que no podía tragar. Cerré los ojos e intenté aislarme del mundo exterior para concentrarme en los dedos, en la música. Mientras tocaba, el público comenzó a animarse. Al principio sonaron algunos gritos y aplausos dispersos.

Después los gritos y los aplausos fueron cada vez más fuertes. Abrí los ojos, feliz, y vi a unos cuantos de pie, que gritaban y se reían. Doblé un poco las rodillas y dejé que mis dedos se deslizaran por los trastes. Esta vez la púa acertaba sola con las notas correctas.

Comencé a sentirme bien, muy bien. Los aplausos eran constantes. Vi que algunos me señalaban. «¿Qué pasa?», me pregunté. Y de pronto comprendí que algo no iba bien. Los gritos eran demasiado fuertes, las risas demasiado estridentes. Eran muchísimos los que me señalaban.

—¡Qué efectos especiales más fantásticos! —gritó uno de los chicos de la primera fila—. ¡Qué fantásticos!

No tardé mucho en descubrir los efectos especiales. Mientras Kristina comenzaba a cantar, me pasé la mano por la cara. Grité horrorizado cuando sentí los pinchazos de las cerdas. Tenía el rostro

cubierto de pelo; las mejillas, la barbilla, la frente.

Ahora toda la escuela me miraba, tenían la ocasión de verlo en vivo y en directo. Toda la escuela conocía mi horrible secreto.

25

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

Jared y Kristina no cabían en sí de la alegría, pero yo deposité la guitarra en el suelo del escenario, me di la vuelta y eché a correr. Los chicos no dejaban de gritar y aplaudir. Habíamos ganado el concurso gracias a mi sorprendente transformación en un ser peludo. «¡Qué efectos especiales más fantásticos!», había gritado aquel chico. Los «efectos especiales» habían vencido.

Pero yo no me sentía ganador. Me sentía como un monstruo de feria. El pelo me había cubierto primero la cara y después el cuello y los hombros. También tenía las manos cubiertas y lo sentí crecer en los brazos. Comenzó a picarme la espalda. ¿También me crecía pelo en la espalda?

—¡Eh, Larry, Larry! —me gritaron Kristina y Jared—. ¡El trofeo! ¡Ven a recoger el trofeo!

No les hice caso y salí por la puerta de los artistas. Los gritos salvajes del público resonaban en mis oídos. En el exterior, unos nubarrones negros tapaban el cielo.

Corrí como un poseso. Corrí hacia mi casa cubierto de pelo negro. Corrí dominado por el miedo y la vergüenza. Las casas y los árboles eran sombras fugaces. Cuando entré en el jardín, vi a mamá y a papá que salían del garaje. Se volvieron hacia mí, estupefactos.

—¡Miradme! —grité—. ¡Miradme! —Mi voz sonó áspera y horrorizada—. ¿Me vais a creer ahora?

Ellos continuaron mirándome, con las bocas abiertas en una expresión de sorpresa y horror. Levanté las manos para que me

vieran los brazos.

—¿Veis mi cara? —chillé—. ¿Veis mis brazos, mis manos? —Mamá se cogió del brazo de papá—. ¿Me creéis ahora? ¿Creéis ahora que el INSTA-TAN hace crecer el pelo?

Los miré mientras intentaba recuperar el aliento. Estaba a punto de echarme a llorar. Esperé a que dijeran algo. Mamá rompió por fin el silencio.

—Larry, no es la loción bronceadora —dijo con voz suave, sin soltar el brazo de papá—. Te lo hemos ocultado durante mucho tiempo, pero ahora ya no tiene sentido seguir haciéndolo.

—Eh, ¿qué me habéis ocultado?

Intercambiaron una mirada. Mamá soltó un sollozo. Papá le rodeó los hombros con el brazo.

—No es la loción bronceadora —dijo papá con voz temblorosa—. Ha llegado el momento de que sepas la verdad, Larry. Te crece el pelo porque no eres un ser humano. Eres un perro.

26

Agaché la cabeza y bebí a lametones un poco de agua en el bol de plástico que mamá y papá pusieron para mí en la entrada. Me resulta muy difícil beber sin mojarme todo el hocico.

Después salí corriendo para reunirme con Lily entre los arbustos. Olisqueamos las plantas durante un rato, y a continuación pasamos al jardín del vecino para ver si encontrábamos alguna cosa interesante.

Han pasado dos semanas desde que desapareció mi cuerpo humano y recuperé mi verdadera identidad canina. Por fortuna, antes de completar el cambio, mamá y papá —quizá sería más correcto decir el señor y la señora Boyd— me explicaron lo que había pasado.

Trabajaban para el doctor Murkin. En realidad todos los habitantes de la ciudad trabajaban para el doctor Murkin. La ciudad era una especie de gigantesco laboratorio experimental.

El doctor Murkin había descubierto hacía unos pocos años la manera de transformar a los perros en niños. Había descubierto un suero que nos permitía a los perros parecemos, pensar y actuar como seres humanos. Por eso me ponía inyecciones. Necesitaba una dosis de suero cada dos semanas.

Pero al cabo de un tiempo el suero ya no funciona y los niños vuelven a ser perros.

—El doctor Murkin ha decidido interrumpir las pruebas del suero en los perros —me dijo mamá—. No funciona. Además, las familias sufren mucho cuando los niños se convierten otra vez en

perros.

—No volverá a trabajar nunca más con perros —añadió papá—. El suero no dura mucho con los perros, así que basta de perros.

Los Boyd fueron muy amables al explicármelo. Para mostrarles mi agradecimiento, les lamí las manos. Después fui a buscar a Lily y le demostré que yo también era un perro.

Lily y yo siempre estamos juntos. Algunas veces, Manny se reúne con nosotros. En esta ciudad hay muchos perros. Supongo que todos fueron humanos durante un tiempo. Me alegra saber que el doctor Murkin ya no utiliza perros para sus experimentos. En mi humilde opinión, los perros deben ser perros.

Lily y yo encontramos en el jardín del vecino un trozo de tierra que olía muy bien. Todavía no hay flores para escarbar, pero la tierra tiene un olor estupendo.

Entonces vi llegar el coche de los Boyd. Habían estado fuera toda la tarde. Corrí hasta el coche, meneando la cola, y los saludé a ladridos. Me sorprendió ver que la señora Boyd llevaba un bebé. Un bebé muy pequeño, envuelto en una manta rosa.

Sostuvo al bebé contra el pecho mientras caminaba hacia la casa. El señor Boyd sonreía feliz mientras alcanzaba a su esposa.

—¡Qué nena más bonita! —decía la señora Boyd—. Sí, eres una niña muy bonita y muy buena. Bienvenida a tu nueva casa, *Jasper*.

«¿Eh? —pensé—. *Jasper* es un nombre muy raro para un bebé».

Entonces miré a la niña y vi que tenía los ojos amarillos.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.